897

El astrólogo de Valladolid

14

EL ASTRÓLOGO

DE VALLADOLID.

COMEDIA HISTÓRICA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

IMPRENTA DE FERNANDO PEPULLÉS.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elastrlogodevall21214garc

INTERLOCUTORES.

Don Enrique IV de Castilla.
El Infante don Alonso, *su hermano.*
Don Juan de Pacheco, *marques de Villena.*
Don Pedro Jiron, *maestre de Calatrava, su hermano.*
Don Alonso Fonseca, *arzobispo de Toledo.*
Don Diego Manrique, *conde de Treviño.*
Don Beltran de la Cueva, *conde de Ledesma.*
El condestable de Castilla.
El conde de Alva.
El conde de Plasencia.
Don Ferrer de Lanuza, *enviado de Aragon.*
Don Juan Biamonte, *enviado de Navarra.*
Don Antonio Venerio, *obispo de Leon, legado del Papa.*
El obispo de Calahorra.
El duque de Alburquerque.
Don Juan de Vargas.
Abiabar, *médico y astrólogo judio.*
Don Ferran Calvo, *recien nombrado paje del rey.*
El licenciado Francisco Jimenez de Cisneros.
La Reina de Castilla.
La Infanta doña Isabel, *hermana del rey.*
Doña Beatriz de Bobadilla, *dama de la infanta.*
Doña Guiomar, *favorita del rey.*
Ujieres que hablan, soldados y caballeros de la corte.

La escena se supone en Madrid, en los primeros tres actos; el primer cuadro del cuarto pasa en Burgos; el segundo tambien en Madrid, y en Valladolid el último acto.

Esta Comedia es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Suntuosos jardines del palacio de don Beltran de la Cueva.

ESCENA PRIMERA.

EL ASTRÓLOGO ABIABAR, EL LICENCIADO JIMENEZ.

Astrólog. Seguidme, buen licenciado.
No os asombren los soberbios
jardines de don Beltran.
¿Vísteis otros mas amenos?
Un banquete á su monarca
y á los próceres del reino
hoy ofrece el potentado;
y está con la corte dentro
el rapaz de que os hablé.

Licencia. Feliz destino es el vuestro,
maese Abiabar, pues os abren
ó por astrólogo escelso,
ó por médico feliz,
sus puertas los palaciegos;
los pobres sus corazones;
sus arcas los opulentos.

Astrólog. Algo merece la ciencia
que busca al dolor consuelo
y sus arcanos arranca
á los futuros eventos.
Esperad aqui un instante,
mientras aviso al mancebo
que anhela vuestra amistad.
Es jóven, bizarro, apuesto,
y aunque de escasa fortuna,
de elevado nacimiento.

612810

De guerras lejanas viene,
donde probó con sus hechos
ser valiente al par que honrado
y al par que sagaz discreto.
Hoy es paje del monarca
por merced al valimiento
de don Ferrer de Lanuza,
el ilustre mensajero
de su alteza de Aragon.
Acojedle bien os ruego. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL LICENCIADO.

Para ese doncel las trovas...
Jamas hice peores versos.
(*Leyendo.*)
Nobilisima doncella,
mas hermosa
que la rutilante estrella
del amor.
¡Musa traidora y mezquina
la que preside á mis metros,
pródiga si no la llamo,
avara si la pretendo!
Coplas desnudas de uncion;
frialdad en los sentimientos;
mas... ¿qué beldad nacer pudo
de este acuitado cerebro,
en medio de la pobreza
que aferra y ata su vuelo?
Héme aqui, triste fantasma,
cruzando el mundo en silencio
y hacinando versos malos
sobre otros que no son buenos,
mientras los altos señores
por rejios apartamentos
se ceban en la alegría
de banquetes halagüeños,

y apuran cálices de oro
sin que turbe su contento
esa miseria que ruje
por las cabañas del pueblo.
¡Plegue á Dios que Ferran Calvo
no sea en letras muy esperto!
y que las trovas le agraden
por no entender los conceptos.
Favores debo á Abiabar,
y es justicia agradecerlos...
Alli vienen.

ESCENA III.

EL ASTRÓLOGO, EL LICENCIADO *y* FERRAN CALVO.

Astrólog. Ved, seor paje,
el amigo que os presento.
Ferran. (*Alargándole la mano al licenciado.*)
¡Gran merced! Seor licenciado,
aceptad mi mano os ruego
y la estimacion con ella
que os ofrece un forastero.
Licencia. Yo os lo agradezco, doncel,
y mi humildad os ofrezco.
Astrólog. Sabed que es el licenciado
de toda mi amistad dueño.
Vile nacer, que pasaba
acaso á Torre Jimeno,
y hospitalidad sus padres
con agasajo me dieron.
Su horóscopo levanté;
y aunque indicaron los cielos
de algun príncipe inmortal
el natalicio y el tiempo
desmintió la profecía,
tiene jeneroso pecho,
no le abate la estrechez
en que su estrella le ha puesto,
y desde el pobre tugurio

sabe con altivo vuelo
su espíritu levantar
al celeste firmamento.

Ferran. Huélgome sobremanera,
Jimenez, de conoceros.

Licencia. Paréceme que á Abiabar
deslumbra su mucho afecto;
tal cual soy, tendré á lisonja,
doncel, serviros si puedo.

Astrólog. Dad pues al paje las coplas;
yo no pude complaceros,
seor Ferran, porque en las rimas
á fé que no soy muy diestro.

Ferran. ¿Ya las hizo el licenciado?

Licencia. Lo menos mal que pudieron
componerse en solo un dia.

Ferran. (*Alargando la mano para tomarlas.*)
Á grande merced lo tengo.

Licencia. Vedlas.

Ferran. Poco se me alcanza,
seor licenciado, de metros,
que en las armas, no en las letras,
hacer mis estudios suelo.
Declarádmelas vos mismo.

Licencia. Con temor os obedezco.
(*Leyendo.*)
Nobilísima doncella,
mas hermosa
que la rutilante estrella
del amor;
vos que en el rostro sois rosa
y en la pureza jazmin,
y diamante en el honor,
¿ despreciareis mi dolor,
ó á mi cuita dareis fin?

Ferran. ¡Bizarras trovas á fé!
Sois, Jimenez, mas coplero
que el mismo cantor Macías.

Licencia. Pero el fin...

Ferran. Le doy por bueno;

que aqui vine sin ser visto,
y á su alteza volver tengo
antes que note mi falta.

Astrólog. No olvidareis que os espero
á cenar conmigo á entrambos.

Ferran. (*Dando la mano al licenciado.*)
Á Dios, amigo; hasta luego.

Licencia. Doncel, á Dios.

Astrólog. ¡Ah! Seor paje,
cuenta con mis mandamientos;
mucha prudencia en palacio,
y no olvideis los consejos
que os dió vuestro bienhechor
don Ferran.

Ferran. Id satisfecho.

(*Vanse el astrólogo y el licenciado.—Ferran se entretiene en arrollar el pergamino, cuando ve á los interlocutores de la siguiente escena.*)

ESCENA IV.

FERRAN, EL MARQUES DE VILLENA, EL MAESTRE DE CALATRAVA, EL ARZOBISPO DE TOLEDO *y* OTROS SEÑORES.

Ferran. (*Aparte, ocultando el pergamino de los versos.*)
¡Cómo, el marques de Villena
y el prelado de Toledo!
¡Juntos estos dos señores!
¿Acabaron ya sus feudos?
Acercarme debo un poco,
que quizá de sus intentos
á mí me interese mucho
averiguar el misterio.
(*Se oculta entre los árboles.*)

Maestre. Don Beltran de la Cueva es á fé mia
rejio en la cortesía.
¿Qué dijeran sus nobles ascendientes
si entre los candelabros resplendentes

le vieran festejar al soberano?

Arzobisp. ¡Pobres palafreneros!

Marques. Sois, hermano,
mordaz á lo que veo.

Arzobisp. Yo aplaudirle deseo.

Maestre. Y yo ensalzar su fausto y su riqueza.
Si alzaran la cabeza
de Beltran los abuelos,
volviéranse á morir de puros zelos
viendo á su Beltrancico tan alzado.

Arzobisp. Dejemos ya al menguado.
Basta que nos regale en sus festines,
y entre damas y nobles paladines
vierta el oro que pagan los pecheros.
¿Mas qué sabeis, marques, del condestable?
¿Es cierto que con otros caballeros
prepara rebeliones y que intenta...

Marques. Asi en Madrid se cuenta.
Ambiciosos proyectos, quejas vanas
que deshonran las canas
de todo un condestable de Castilla,
y de los condes de Alva y de Plasencia;
no estrañaré que presto la cuchilla
de la ley ponga coto á su insolencia.

(*En voz recatada separándose de los otros señores, que se pasean y hablan.*)

¿Mas sabeis, arzobispo, de qué lengua
nació el falso rumor que en vuestra mengua
por la corte circula?

Arzobisp. ¿Qué rumor, seor marques? nada he sabido.

Marques. Hay quien os acumula
parcialidad secreta en el partido
de los nobles rebeldes, y hay quien diga...

Arzobisp. ¡Cómo! ¿Quereis ya rota nuestra liga
y la union por los dos recien formada?

Marques. ¿Por qué á sospecha tal dareis entrada?

Arzobisp. ¡Dudar mi vasallaje!

Marques. ¿Y cómo pudo
creer vuestra eminencia que lo dudo?
Mientras rivales fuimos, luché fuerte;

mas ya que quiso venturosa suerte
unirnos para el bien de la Castilla,
estimara mancilla
en mi lealtad y fé no preveniros
de que os asestan alevosos tiros.

Arzobisp. Aprendamos, marques, en la esperiencia,
y sepamos al fin que es imprudencia
no estrechar la amistad hoy prometida...
agradezco el aviso con la vida.
¿Mas qué piden al rey los caballeros?

Marques. Pídenle el fin de graves desafueros
que aquejan al estado,
por intestinas guerras devorado;
pídenle paz, buen orden y justicia,
arreglos en el clero y la milicia...

Arzobisp. ¿Mas qué esconde la súplica en el seno,
que esos pretestos son...

Marques. Yo los condeno,
pero ignoro su fin, que el condestable
fue siempre mi adversario.
Es facil, variable,
amigo peligroso y mal contrario.

Arzobisp. ¿Y ni aun juzgar sabeis por conjetura
de los rebeldes la intencion segura?

Marques. En verdad, arzobispo, que no acierto.
No es mas la sedicion que un desconcierto
cuyos tumultos y sangrientas guerras
á los del condestable darán tierras
y ricos señoríos y castillos.

Arzobisp. ¿Y no podrá su alteza reducillos?

Marques. Si no pierde un instante,
pues la parcialidad es del infante.

Arzobisp. ¿Del rapaz don Alonso? ¿Y qué desea?
¿De doce años contra el rey pelea?

Marques. Su maestrazgo parece que reclama.

Arzobisp. ¿Y por eso encender la voraz llama
de nueva sedicion en las Castillas?

Marques. Quitáronle sus villas
y á don Beltran las dieron.

Arzobisp. Pero acaso...

El infante es de seso tan escaso...

Marques. Don Alonso quizá ni aun lo sospecha;
la armada sedicion solo aprovecha
de nuestro infante el nombre;
niño le aclama y le temiera hombre.

Arzobisp. No me asustan á fé los imprudentes
esfuerzos de esos pocos insurjentes;
si seguimos unidos,
ya, marques de Villena, estan vencidos,
y serán sus blasones y sus feudos
herencia á nuestros deudos;
ni habrá osado infanzon que en vano intente
contrastar nuestra fuerza omnipotente.

Marques. Nunca, arzobispo, se alzará segura
esa fuerza futura
en tanto que la infanta...

Arzobisp. ¿Y al marques de Villena por qué espanta
esa doncella tímida y devota?
¿Pues acaso en Castilla no hay conventos?

Marques. Fuera para nosotros grave nota
y abono de los nobles descontentos;
que en ella ve Castilla la esperanza
de conservar su augusta dinastía,
y derrocar supiera la privanza
del que á Isabel á un claustro reducia;
á doña Juana llaman Beltraneja;
el niño Alfonso gobernar se deja
por el ayo mas rudo.
¿Qué esperanza á la patria ni qué escudo
al trono le quedara
si Isabel en el claustro profesara?
De alevoso tachárase el proyecto,
y fuéralo en efecto.

Arzobisp. No concibo, marques...

Marques. Vuestra eminencia
¿sostiene la influencia
de la infanta Isabel...?

Arzobisp. Ni lo he pensado.

Marques. ¿Pues no habeis, arzobispo, contrariado
el enlace felice

que al rey de Portugal proponer hice?

Arzobisp. ¿Y el influjo que os pesa de la infanta
dándole un soberano se quebranta?

Marques. Dejadla ser potente;
que salga de Castilla es suficiente.
Y si muriendo Enrique le pluguiera
á los nobles hacerla su heredera,
el buen rey portugués ¿no apelaria
de nosotros, señor, á la valía
para rejir el reino?

Arzobisp. Sea en buen hora.
Mas antes de ceder decidme ahora
si lidiareis, marques, por nuestra parte,
ó bien si seguireis el estandarte
de la armada nobleza.

Marques. Amor, deber, honor, delicadeza,
á la parcialidad del rey Enrico
unen mi espada y vida;
yo por él mi oro y sangre sacrifico,
quedando asi cumplida
la obligacion de noble caballero.

Arzobisp. Eso de vos espero.

Marques. Y si solo quedara,
solo por don Enrique peleara,
contra vos, arzobispo, contra el mundo.

Arzobisp. De júbilo profundo
me llena esa promesa; ved mi mano.
Contad, marques, de hoy mas con un hermano.
Hablad ya de Isabel.

Marques. He recibido
del rey de Portugal mensaje nuevo,
segun este designio concebido;
aqui sus cartas llevo.

Arzobisp. Dad, marques de Villena,
y ya que siempre tuve á grave pena
combatir vuestras miras en la corte,
hoy me cumple probaros como amigo
que vuestro bien será mi solo norte.
Cuidad, empero, de tener conmigo
en presencia de todos aquel ceño

que antes nos apartaba.

Marques. Yo me empeño
en encubrir con áspero semblante
mi fé jurada y mi amistad constante.

ESCENA V.

EL MAESTRE *y* DICHOS, *menos* EL ARZOBISPO.

Marques. (*En voz muy baja.*)
La ocasion vino ya de nuestro intento;
á caballo, Maestre; en el momento
hácia tierra de Burgos veloz parte,
y al condestable dile de mi parte
que alce sin mas temer ya la bandera;
á caballo, mi hermano, no hay espera.

Maestre. ¿Y el arzobispo...

Marques. Adiviné su mente.
Con todos sus caudales y su jente
se opone á nuestras justas peticiones
por mentidas razones
de amor y de lealtad.

Maestre. ¿Mas le entregaste...

Marques. Papeles, sí, pero saber te baste
que son de Portugal. No ignoras cuánto
su éxito te interesa.

Maestre. Hermano, tanto
cual me importa vivir. Sin eso muero.

Marques. Á caballo, Maestre; guarda empero
hasta Burgos prudencia consumada;
despues resplenda al sol la dura espada.
(*Vanse.*)

Ferran. ¡Dánse marques y obispo ya las manos!
Á fé que mis temores no eran vanos.
(*Retírase.*)

ESCENA VI.

Atraviesan la escena sucesivamente, y sin detenerse en ella mas de lo preciso para decir sus partes respectivas, EL REY DON ENRIQUE, *hablando con* DON BELTRAN DE LA CUEVA; LA REINA, *acompañada por* EL MARQUES DE VILLENA; DOÑA GUIOMAR, *favorita del* REY, *con* EL ARZOBISPO DE TOLEDO; EL INFANTE DON ALONSO *y* LA INFANTA DOÑA ISABEL, *acompañado aquel por* FERRAN CALVO, *y esta por* DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA, *su camarera. Solo el rey está cubierto. Siguen á la comitiva pajes, guardias y servidumbre.*

Enrique. Jeneroso te has mostrado
festejándome, Beltran;
feliz el rey á quien sirven
vasallos de tu lealtad.
Beltran. Señor, quien todo os lo debe
honra sirviéndoos se da.
Enrique. Ya ves, marques de Villena,
cómo está mi autoridad.
Dicen que mi condestable,
los Manriques y otros mas
acuden con jente á Burgos.
Marques. ¿Y qué intentan?
Enrique. Suplicar
que mejor gobierne el reino;
que haya entre los nobles paz;
que sus fueros se respeten.
Marques. Si quisiere contestar
vuestra alteza con la espada,
espero que aceptará
antes que todas la mia.
Enrique. Sin tí, marques, fuera mal
resolver tan grave punto.
Tú mismo te encargarás
de responder en mi nombre
á los de Burgos.

Marques. Se hará
como vuestra alteza manda.
Pero es preciso cortar
no solo el miembro podrido,
sino la causa del mal.
Tambien en la corte tiene
parciales la deslealtad ;
pongámosle, señor, freno.
Ya sabeis que Portugal
tesoros y armas os brinda
con que podais conjurar
de los nobles sediciosos
la violenta tempestad.
Doña Isabel, nuestra infanta,
podrá entonces domeñar
no la sedicion de Burgos,
sino el poder colosal
con que Aragon y Navarra
humillan la magestad
de vuestra corona augusta.

Enrique. Ya dije á Isabel que está
para ajustarse el tratado.
¡Sin tí, marques, cuánto afan
el gobierno me costara !

Beltran. (*A la reina.*) ¿Permitido me será,
señora, que de escudero
os sirva ?

Reina. ¡Solo el pesar
me asedia en mi propia corte!
¡Qué rendido , qué galan
sirve todo un arzobispo
á esa tal doña Guiomar!

Arzobisp. (*A doña Guiomar.*)
Sé que repugnancia os cuesta,
sé que asi vuestra beldad
carecerá de los triunfos
que alcanza de esa rival;
pero es forzoso, señora;
al monarca aconsejad,
que ya empeñé mi palabra

en pro del lazo nupcial.

Guiomar. Mas si el marques lo desea,
vuestro adversario, ¿la paz
habreis hecho por ventura?

Arzobisp. Es forzoso contemplar
alguna vez á los grandes.
Vos, que hermosa sin igual
en el pecho del monarca...

Guiomar. Sois, arzobispo, mordaz.

Alonso. (*A Ferran.*)
¿Ya justaste en Zaragoza?

Ferran. Pude ese honor alcanzar.

Alonso. ¿Y rompiste muchas lanzas?

Ferran. Cinco á caballo no mas;
luego la espada sacamos.

Alonso. ¿Y venciste?

Ferran. Sin lidiar;
que fue cortés mi oponente.

Alonso. ¡Cuánto te envidio, Ferran!

(*Salen todos. Desde los bastidores se vuelven doña Isabel y doña Beatriz á la escena.*)

ESCENA VII.

DOÑA ISABEL. DOÑA BEATRIZ.

Isabel. Vuélvete un instante; por estos jardines
de las puras auras gocemos en paz;
cáusanme fatiga justas y festines,
y esos cortesanos de finjida faz.

Beatriz. ¿Qué dolor os turba? decidlo, señora.
¿Perdió vuestro aprecio la triste Beatriz?

Isabel. ¿Y qué, no es bastante verme á cada hora
de astutos ministros víctima infeliz?
Sagaces deslumbran á Enrique mi hermano;
cábalas mezquinas trámanle en redor,
y agora en rehenes le piden mi mano,
y agora la piden en signo de amor.

Beatriz. Sin duda, oh infanta, el nudo os desplace
con que al himeneo os van á estrechar.

Isabel. Esa débil trama presto se deshace,
ni tal lazo nunca se podrá añudar,
que si el de Villena piensa por ventura
con el rey vecino pactos concluir
sé que el de Toledo de tal no se cura.

Beatriz. ¿Y el qué, noble infanta, os puede afligir?

Isabel. El prelado me ama.

Beatriz. Asi lo imagino,
y aun solo por eso no llego á entender
por qué vuestra alteza suspira contiuo,
por qué hasta su alma no llega el placer.

Isabel. Beatriz, te confieso que en bárbara lucha
mi deber se traba con mi corazon,
y el entendimiento al alma no escucha,
ni el alma tampoco cede á la razon.

Beatriz. Todo lo penetro; no culpad, infanta,
al pecho que siempre os ha sido fiel.

Isabel. Yo culparme debo de flaqueza tanta.

Beatriz. ¿Pues quién mas bizarro que el bravo doncel?
(*Se estremece al oirle nombrar.*)

Isabel. Me embarga la lengua su nombre ó su vista,
mas yo mi ternura lograré apagar.

Beatriz. ¿Por qué, mi señora? ¿Cuando asi resista
su imagen amada logrará olvidar?
¿No hubo muchos reyes...

Isabel. Ten, Beatriz, tu celo,
que tales palabras no escucha Isabel.
¿Por que cuna pobre me ha negado el cielo?
¿Por qué rejia cuna le ha negado á él?
Pensé que secreta mi mengua estaria,
que asi nos deslumbra juvenil candor;
Ferran entre tanto mi pecho leía,
y osó en el banquete hablarme de amor.
Me entregó unas trovas llenas de cariño,
que yo, Beatriz mia, me atreví á leer.
(*Leyendo para sí las trovas.*)

Beatriz. Pásmame, señora, que siendo tan niño
tan jentiles rimas sepa componer.

Isabel. Mis colores lleva, canta á mis balcones,
repite do quiera mi prez y loor;

detener es fuerza sus adoraciones,
aunque á mí infelice me mate el dolor.

Beatriz. Y aun por eso tanto temeis, mi señora,
la infausta alianza con el Portugal.

Isabel. De tal himeneo no me hables ahora;
por una vez basta, Beatriz, con un mal.
Sé que el de Toledo protejerme cura,
que en servirme siempre se ha mostrado fiel;
toma esos conceptos; cese mi locura;
con airado ceño dalos al doncel.

ESCENA VIII.

LAS MISMAS *y* FERRAN.

Ferran. Permitid, infanta...

Isabel. Paréceme estraño
que asi se interrumpa, doncel, mi solaz;
padeceis, seor, paje, gravísimo engaño
si esperais que sufra vuestro modo audaz.

Ferran. Pensé, mi señora, que grato os sería
dar á un forastero amparo y favor.

Isabel. Sabed, forastero, que es descortesía
arrancar mercedes.

Ferran. Calmad el rigor.
Recordad, princesa, que nuevo en Castilla,
tan jóven y ausente del paterno hogar,
no es mucho que adore al astro que brilla
como el sol de oriente sin mayor ni par.
¿No pensais, señora, que pueda mi pecho
por ser pobre paje albergar amor,
respeto, ternura ó airado despecho,
ni dar en los campos pruebas de valor?

Isabel. ¿Mas qué pretendeis?

Ferran. Solo, infanta augusta,
serviros imploro; por Dios consentid;
sabré vuestras cifras honrar en la justa,
de sangre esmaltarlas sabré en cruda lid.
Dichoso, señora, yo entre los donceles,

si mi acento humilde os mueve á piedad.
(*Se arrodilla.*)
Ceñirán mi espada frondosos laureles.

Isabel. Atrevido sois, doncel; levantad.

(*Alarga la mano para levantarlo; él se la besa respetuosa y tiernamente.*)

Ferran. Vuestra hermosa mano, augusta princesa,
cual símbolo adoro de paz y perdon.

Isabel. De ser tan benigna, don Ferran, me pesa,
que asi á vuestra audacia doy un galardon.
Partid al contado.

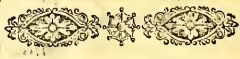
Ferran. Señora, es forzoso,
pues todo soy vuestro, que os sirva leal.
Mil riesgos os cercan...

Isabel. Quedad en reposo.
Beatriz, ¿viste nunca pertinacia igual?

Ferran. Vuestro caballero, infanta, os requiere,
el que nunca olvida vigilar por vos;
hay cierto arzobispo que mucho os malquiere;
dudad sus palabras, señora, por Dios.
Cauteloso amigo es del de Villena;
fíngense adversarios por mejor triunfar;
la pureza de ambos suele andar agena;
ved, princesa, si hay razon de dudar.
Y aquel cuya vida de veros felice
depende tan solo ¿podrá sin dolor
oir que en la corte de cierto se dice
que va el arzobispo...

Beatriz. El rey, mi señor.

(*Sepáranse.*)



ACTO SEGUNDO.

Aposento de palacio.

ESCENA PRIMERA.

EL REY ENRIQUE, *sentado con grande abatimiento*, LA INFANTA DOÑA ISABEL, *y* GUARDIAS *en las puertas*.

Enrique. ¡Oh desdichado monarca!
¡Cuánto mi corona pesa!
Abandónanme los mios,
me escarnece la nobleza,
y hasta mi propia familia
me arancan con brutal fuerza.
Señor que rijes los cetros
de los reyes de la tierra,
un príncipe desgraciado
hoy implora tu clemencia.
Dame valor, Dios piadoso;
caigan sobre mi cabeza
las iras de tu justicia,
pero á la patria no hieran.

Isabel. Piadoso invocais al cielo;
él, don Enrique, os proteja;
mas no cumple un soberano
con exhalar tristes quejas.
Despues de la prez devota
cambiad ¡oh rey! la diadema
por el acerado casco;
trocad en peto las sedas;
por el corcel de batalla
la ociosidad que os aqueja;
y esforzado paladin
el que antes piadoso fuera

rompa con la dura espada
las desdichas que lamenta.

Enrique. ¿Tambien mi hermana Isabel
mi tribulacion aumenta?

Isabel. Yo, don Enrique, os animo,
que el veros llorar es mengua.
Y aunque soy débil mujer,
si vuestro cetro blandiera,
con él quizá quebraria
la frente de los que intentan
envilecer al monarca.
Sacudid, rey, la pereza;
y ya que de soberano
os desciñais la diadema,
si hombre sois y caballero
no sufrais tales ofensas.
Rescatad á vuestro hermano,
al niño Alonso, qué estrecha
prision en Burgos padece.

Enrique. Hablas, incauta doncella,
ignorando lo qué pides.
¿Con quién declaro la guerra?
¿Qué jentes, qué caballeros
acuden á mi bandera?
Mientras rijió mis consejos
Juan Pacheco, el de Villena,
¡ay triste! ¡mi solo ámigo!
¡el que amé en la edad primera!
vísteme reunir mesnadas,
caballos, huestes guerreras...
pero él tambien me abandona,
tambien la faccion aumenta;
el maestre de Calatrava,
su hermano, hácia Burgos lleva,
con infinitos peones,
comunidades enteras.
¿Mi espada sola qué haria
aun cuando el Cid la esgrimiera?

Isabel. ¡Dios os lo perdone, Enrique,
y de la sangre que riega

á mares la monarquía
no quiera pediros cuenta!
Porque hubo un tiempo ¡oh hermano!
que débil gusano era
esa misma sedicion
que hoy audaz os amedrenta.
Quebrantar su frente entonces
pudísteis, y su soberbia;
pero flaco, irresoluto,
y mas indeciso que ella,
peleásteis sin vencer;
dísteis tiempo á la pelea;
y aquel enantes gusano,
nutrióse de sangre vuestra,
y hoy serpiente formidable
amaga vuestra existencia.
Si al principio de la lucha
sobre los rebeldes fueran
la mitad de los que luego
murieron en la contienda,
á buena fé, don Enrique,
los tumultos concluyeran,
vos reinaríais dichoso
y Castilla os bendijera.

Enrique. Duélete, Isabel, de mí.
La escandalosa infidencia
del marques, de Juan Pacheco,
ha enervado mi entereza;
él era mi único apoyo,
él mi esperanza postrera.

Isabel. Los mejores aliados
que un sabio monarca cuenta
son Dios, señor, y su espada.
¿Quién esperais que á vos venga
si vos mismo, don Enrique,
buscais la coyunda ajena?
Si vos vuestra propia honra
mirais con tanta tibieza,
¿quereis que un estraño acaso
tome por vos la defensa?

Enrique. Por piedad, Isabel mia.
¡Ay, hermana, si supieras
lo que oculta mi cariño
por no acrecentar tus penas!
¡Si pudieras penetrar
estas dolorosas nuevas!

Isabel. ¿Aun hay mas calamidades?
¿La rebelion satisfecha
aun no está con la prision
de don Alonso? ¿Qué esperan,
qué piden los conjurados?

Enrique ¡Piden tanto!

Isabel. Mas si es fuerza
oirlos, ¿á qué esperais?
Concédales vuestra alteza
mucho mas que pedir osan.
Y ya que remiso os vieran
para empuñar el acero,
no estéril miedo os detenga;
sed resuelto alguna vez,
dadles paz, ó dadles guerra.

Enrique. De tí depende, Isabel,
seguir tu propia advertencia.

Isabel. En buen hora, don Enrique;
vos salvaos, y yo perezca;
quede en libertad Alonso,
la paz torne á vuestras tierras.

Enrique. ¿Mas tú sabes lo que piden?
¿Quieres tú que yo consienta?

Isabel. ¿Pues qué designio es el suyo?

Enrique. Á una condicion sujetas
estan la guerra y la paz;
tu mano será la prenda
que en esta cuestion decida.

Isabel. ¿Aun persisten en la idea
de que el rey de Portugal...?

Enrique. ¡Ojalá en ella insistieran!
No es el portugués monarca,
es el Maestre el que anhela
ser tu esposo, Isabel mia,

el hermano de Villena.

Isabel. ¿Y hasta ese punto, señor,
el marques nos vilipendia?
¿No le bastan ya los feudos
ni las copiosas riquezas
que pródiga vuestra mano
en mal hora le cediera?
¿No le basta ya la sangre
que derrama su fiereza,
sino que á sus propios reyes
ha de sellar con la afrenta?
Soy, Enrique, vuestra hermana;
en vano humillarme piensan;
el convento ó el cadalso
rescatarán mi pureza.

Enrique. ¿Y nuestro hermano, y Alonso?

Isabel. ¡Ay señor! ¡cuánta saeta
clava á mi ulcerado pecho
su memoria...! Mas ¿no hay senda,
no hay camino que nos libre
de esa alianza funesta?
¿Pondremos cual los cobardes
nuestro cuello á la cadena?

Enrique. Horas ha que aguardo á un sabio,
á un astrólogo... Su ciencia
rescatarnos tal vez puede...

Isabel. ¿Y fiais á esas quimeras
el honor de vuestra patria?
¡Y en tanto la espada huelga!

Enrique. Cuando turbados los cielos
cárdenas llamas reflejan
y con temerosos signos
males próximos revelan,
aconsejarnos es justo
del que entiende las estrellas.

Isabel. Los fenómenos y fuegos
que en el cielo centellean
si aqui nos causan terror,
tambien en Burgos aterran.
Ese astrólogo Abiabar,

que os visita con cautela,
¿quién sabe si está vendido
á los que mal os desean?
¿Á qué apelar á los astros?
Dios vuestra esperanza sea,
y esa espada, don Enrique,
y vuestra propia conciencia.

Enrique. ¡Qué harán los otros por mí
cuando tú ayudarme niegas!
No das la mano al maestre,
y á Alonso y á mí nos dejas...

Isabel. ¡Qué oblacion tan horrorosa,
ó Castilla, de mí esperas!
Al gran maestre aborrezco,
un infierno es su presencia:
¿cómo he de darle la mano
con que gustosa le hiriera?

ESCENA II.

LOS MISMOS, UN UJIER *que se retira luego*, *y* EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Ujier. El arzobispo, señor.

Enrique. Seas bien venido, Fonseca:
¡cuán inquieto te esperaba!
¿Viste, arzobispo, sus letras?
¿Qué piensas de los rebeldes?
Habla, amigo, y me consuela,
que eres el único noble
que fiel á mi causa queda
entre esa turba de ingratos
que yo subí á la opulencia.
Habla: ¿qué sería de mí
si no te tuviese cerca?

Isabel. ¿Y habré, señor arzobispo,
de ser yo la triste ofrenda
que á los traidores se inmole
porque su amago suspendan?
¿Para mí no hay esperanza?

Arzobisp. Mucho dárosla quisiera,
noble infanta de Castilla.
Enrique. Pero en fin, ¿qué me aconsejas?
Arzobisp. En puridad debo hablaros
lo mejor que hacerlo sepa;
Dios ilumine mi mente
y mi ánimo fortalezca.
Enrique. Á Dios, querida Isabel.
Isabel. Pensad, señor, que pidiera
antes recibir mil muertes
que el lazo que me presentan. (*Vase.*)
Enrique. Infelice hermana mia.

ESCENA III.

DON ENRIQUE *y* EL ARZOBISPO.

Enrique. ¿Y bien, Alonso, qué piensas?
¿Qué dices de ese marques,
de esas cartas, y esas quejas?
Arzobisp. Señor, en alguna parte
son fundadas sus querellas;
pretenden que doña Juana
no pueda ser heredera
del reino; que don Beltran...
Enrique. Deten, amigo, la lengua;
de don Beltran no me hables
ni del honor de la reina;
infames son los rebeldes,
desdoro de la grandeza;
para quitarme á mi hermana
su falso civismo ostentan.
Arzobisp. Tal es su fin.
Enrique. ¿Y ellos mismos
no agotaban mi paciencia
pugnando porque Isabel
al de Portugal le diera?
Arzobisp. Yo apoyé su peticion,
mas no delinquí á sabiendas,
y tarde penetrar pude

su sagaz estratajema;
Que al anunciar tal enlace
previeron que á vuestra alteza
rivalidades se alzaran
con las vecinas potencias;
y al veros luego, señor,
abandonado, comienzan
esa lucha fratricida
que vuestros reinos aqueja.
Portáronse cual traidores
con astucia y con fiereza;
mas vano será su empeño
si place á la Providencia,
que del vicario de Cristo
imploré ya la asistencia,
y el grande obispo Venerio
en nuestro socorro llega,
cual Nuncio del santo padre,
con sus facultades plenas:
tengamos pues confianza;
comunidades enteras
se niegan de los rebeldes
á enarbolar las enseñas.

Enrique. Pero mi hermana Isabel...

Arzobisp. Preciso es que se convenga,
ó nunca se logrará
de don Alonso la vuelta.
Le han proclamado monarca;
mercedes, gracias dispensa,
señor... por su vida temo...
disculpad esta franqueza.

Enrique. ¡Por la vida de mi Alonso!
El corazon me penetras.
¡Oh conjeturas crueles.!

Arzobisp. ¿No tendrá á bien vuestra alteza
presidir hoy el consejo?

Enrique. Dame á firmar: ¡qué sospechas!

Arzobisp. Vereis, señor, los despachos.

Enrique. Sabes que eso me atormenta.

Arzobisp. Mas es preciso, señor.

Enrique. Basta que firme y no lea.
Arzobisp. Se arriesga vuestra corona.
Dignaos, señor...
Enrique. ¡Qué entereza! (*Vase.*)

ESCENA IV.

FERRAN *y* EL ASTRÓLOGO.

Ferran. ¿Ha tiempo que el rey te aguarda?
Astrólog. Desde antes de amanecer.
Ferran. No olvides lo que me importa
que aproveches hoy muy bien,
Abiabar, de la entrevista.
Astrólog. Los recelos deponed.
Ferran. En tu habilidad confio.
Astrólog. Serviros procuraré.
Ya á doña Beatriz he hablado,
y me ha ofrecido, doncel,
ser vuestra hasta donde alcancen
su valía y su poder.
Cuidad vos, paje garrido,
de agradecerlo cortés;
que en su mano estan las llaves
para abrir á vuestro Eden.
Ferran. Eres, Abiabar, mas sabio
que el mismo Salomon fue;
solo falta que al monarca
sagaz puedas convencer...
Astrólog. Diréle que sois su estrella;
en mi esperiencia creed.
Ferran. Harto mas yo te creería
y admirara tu saber
dándome las doblas de oro
que ayer en vano busqué.
Astrólog. Si supiérades, seor paje,
cuán dificultoso es
tornar la mas alta idea,
la mas rica que caber
pueda en el hondo cerebro

de alquimista jenovés,
en sonantes doblas de oro,
viérades que puedo ser
sabio, astrólogo profundo,
y pobre todo á la vez.
Me aguardan los escuderos.

Ferran. Dios te acompañe.

Astrólog. Con él
quedad, buen paje.

Ferran. Ya sabes
lo que hemos pactado hacer.

ESCENA V.

FERRAN, *y luego un* PAJE *de* DOÑA BEATRIZ, *que vuelve á salir.*

Ferran. No adolece el aljebrista
por cierto de estupidez;
mas de prisa van las horas.
(*Da una palmada.*)
Forzoso es que suenen tres.
(*La repite dos veces, y entra un paje.*)
Di, niño, á doña Beatriz
que á servirla ya llegué.
(*Sale el paje.*)
¡Si ver pudiese á la infanta!
¡Novilísima Isabel!
¡Cuánta gracia plugo al cielo
á tí sola conceder!
Harto arriesgada es mi empresa,
mas constancia tengo y fé,
y he jurado rescatarla
ó en la lucha perecer,
que á un sedicioso maestre
tan espléndido joyel
fuera por Dios mengua darle,
ni virjen de tanta prez;
el de Calatrava anduvo
audaz en la pretender,

pero yo tengo una espada
que humillará su altivez.

ESCENA VI.

FERRAN, LA INFANTA, DOÑA BEATRIZ DE BOBADILLA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Ferran. (*Aparte.*)
¡Cuán abatida la infanta!
Yo aliviarla curaré.
Beatriz. Su alteza al consejo asiste;
esperemos.
Isabel. En buen hora.
(*Cambian algunas miradas de inteligencia doña Beatriz y don Ferran.*)
Beatriz. Mas no os encuentren, señora,
tan abatida y tan triste.
Isabel. Mucho temo la tardanza
del consejo en resolver.
Beatriz. Pero no debeis perder,
mi señora, la esperanza.
¿No prometió el de Toledo...?
Isabel. Es todo engaño y falsía...
Ferran. ¡Señora...!
Isabel. (*Sobrecojida, á doña Beatriz.*)
¿Ves qué osadía?
Ya resistirla no puedo.
Beatriz. No le maltrate el rigor;
cuidad que es jóven sencillo.
Ferran. Á vuestra alteza me humillo.
Isabel. ¿Pediros podré un favor?
Ferran. Mi espada, mi nombre y vida
veces mil gustoso diera,
con tal de que en todo fuera
vuestra voluntad cumplida.
Isabel. Retiraos pues, Ferran.
Solo aqui busco á mi hermano.
Ferran. ¿Y he de suplicar en vano?
¿Y ha de perderse mi afan?

Sé que infelice ¡oh infanta!
sois tal vez en este instante,
y al mirar vuestro semblante
mi corazon se quebranta.
Os hiere mano traidora
con alevoso puñal,
mas remedio tiene el mal;
no desespereis, señora.

Isabel. ¿Remedio en esta afliccion?
¿Y qué á vos de mi ternura...?

Ferran. En ella va la ventura,
señora, de un corazon
que oscila y late violento
si la pena os acongoja,
cual se estremece la hoja
que sacude crudo viento.

Isabel. Detened, paje, la lengua;
¿pensais que lisonja tanta
pueda escuchar una infanta
sin que le sirva de mengua?
¿Ó quisísteis por ventura
viendo mi bonanza rota
echar tambien una gota
al caliz de mi amargura?
Véisme en cruel horfandad,
á mi hermano desvalido,
¿y osais asi presumido
hablarme con liviandad?

Ferran. Señora, mi rendimiento
¡por vos misma yo os lo juro!
tiene fin mas noble y puro
y mas jeneroso intento.
Asi propicios los santos
cielos oigan mi oracion,
que fue solo mi intencion
mitigar vuestros quebrantos.
Y si tal vez descontento
os pudo mi lengua dar,
es porque suele faltar
la razon al sentimiento.

Porque al mirar la importuna
ausencia que ya os espera,
el alma se desespera
y maldice á la fortuna.

Isabel. Si mi ausencia...

Ferran. ¡No por Dios!
Concibiéronla en mal hora;
no consintais, mi señora;
tened vos piedad de vos.
Y ese maestre don Pedro
que os solicita afanoso,
caña junto al poderoso,
junto á los débiles cedro,
¿es capaz en su fiereza
de seros rendido amante?
¿Ó pretende ser infante
porque le llamen alteza?
Resistid, alzad un dique
contra su designio fiero.

Isabel. ¿Cuando ya ni un solo acero
se desnuda por Enrique?

Ferran. Magnánima resistid.
No son vanas ilusiones,
que van á alzarse pendones
por él en Valladolid.
Hánme dicho en puridad
ciertos fieles mensajeros
que á los nobles caballeros
no seguirá la ciudad.
Muy escaso es mi valor,
no soy de riquezas dueño,
pero á este paje pequeño
le hace jigante el amor.
No perdais pues la esperanza,
doña Isabel, de triunfar,
y permitidme arrojar
este hierro en la balanza.

Isabel. Y contra un vasallo infiel,
contra toda la Castilla
¿qué ha de valer la cuchilla

de un jeneroso doncel?
Vana es, paje, vuestra ofrenda.
Tened, don Ferran, la espada;
dejadme ser desdichada.

Ferran. Vuestra alteza no se ofenda,
que yo por servirla anhelo,
mas que algun alto infanzon;
os habla mi corazon
como si le hablase al cielo.
No me desprecieis por niño
ni por de poca nobleza,
pues no hay humana proeza
tan grande como el cariño.
Tengo ademas los consejos,
si no de la jerarquía,
de pecheros de valía
con poder en los concejos.
Y hay otros vasallos fieles
que por el rey lidiarán,
y los primeros serán
mis amigos los donceles.

Isabel. Escasa jente.

Ferran. En honor
son muchos, princesa augusta,
que por una causa justa
se multiplica el valor.
Pero tal vez os molesta
mi presuncion atrevida,
que al maestre prometida...

Isabel. Mi corazon le detesta.
Hasta su nombre me daña;
mas... no tengo voluntad.
Labro mi infelicidad
por hacer dichosa á España.
Prisionero está un hermano,
hiere al otro la traicion;
su rescate es galardon
de mi desdicha y mi mano.
¿Mas quién asi, don Ferran,
de hablarme os diera derecho?

Ferran. Mi corazon, mi despecho,
doña Isabel, me le dan.
Que sin veros, para mí
muerte se torna la vida,
y es vuestro enojo la herida
mas ancha que cabe aqui.
Que al venir la noche oscura
ó al despertar de la aurora,
es vuestra imajen, señora,
la imajen de mi ventura.
Vos sois mi gloria, mi ensueño
en la vigilia cruel;
vos el númen del verjel
que hace dichoso mi sueño.
Que alli cuando el corazon
se espacia, sin estrechura
bebe de la copa pura
de dulcísima ilusion...
Á vos, astro rutilante,
á vos, luz de la Castilla,
¿empañará la mancilla
de esa sedicion triunfante?

Isabel. Mancebo, ya es desleal
vuestro decir...

Ferran. ¡Qué baldon!
¿No veis que la rebelion
os quiere para puñal?
Mi rendimiento os enfada,
desden logro solamente...
parto á romper cual valiente
en la sedicion mi espada.

Isabel. Cuidad que Alonso mi hermano
yace agora en su poder;
cuidad que Enrique el poder
y el cetro sostiene en vano.
Cuidad que á la fementida
traicion auxilios se dan,
y cuidad tambien, Ferran,
de conservar vuestra vida.

Ferran. ¿Sin vos la vida?

Isabel. Doncel,
yo me debo á mi decoro;
resignada sufro, lloro,
y á mi obligacion soy fiel.
Tiempo es de acabar la guerra;
en este punto quizá
el pacto se firmará;
partid á lejana tierra.

Ferran. ¡Señora!

Isabel. Sí, caballero,
partid, y que esta vez sea
la postrera que yo os vea. (*Enternecida.*)

Ferran. ¡Qué crueldad! morir primero.
¡Señora!

Isabel. Es irrevocable,
jentil paje, esta sentencia.

Ferran. Acabaré una existencia
ya para mí deplorable.
Lejos de vos ¿qué esperanza
puede á mi cuita venir?
¿Á qué, señora, vivir
sino para la venganza?

Isabel. En la memoria perdida
de una infelice doncella...

Ferran. Vos sereis mi sola estrella
en el rumbo de la vida.
Ni embainaré cual cobarde
el acicalado acero;
á morir voy el primero...

Isabel. Don Ferran, el cielo os guarde.

ESCENA VII.

DOÑA ISABEL *y* DOÑA BEATRIZ.

Isabel. Partió, Beatriz; compasion.
¡Y yo que le amaba tanto!
¿Cuándo apagará mi llanto
el fuego de esta pasion?
Ó lucha acerba y cruel

en que se abrasa mi pecho.
¿Por qué con crudo despecho
asi esquivé á mi doncel?
¿Por qué asi el alma condena
las leyes de la razon?
¿Por qué de mi corazon
no puedo arrancar la pena?
¡Yo infanta! ¡Qué esclavitud!
¡Dar á un rebelde la mano,
y herir con dardo inhumano
al que sigue la virtud!
Á mi feroz enemigo,
porque nací junto al trono,
con mis brazos galardono
y huyo de mi tierno amigo.
¡Cuán gustosa trocaria
esta prision resplendente
por la cabaña indijente
donde mora el alegría!

Beatriz. Tened, infanta, piedad,
tregua logre el desconsuelo,
y del corazon el duelo
con lágrimas desahogad:
todo la virtud lo alcanza;
del seno de esa tristura,
¿quién sabe si la ventura...?

Isabel. ¡Ventura sin esperanza!

Beatriz. ¿Y por qué desesperar?
¿No os ama acaso sincero?
¿No es cumplido caballero,
y os promete rescatar?
Sus amigos tal vez son
mucho en las comunidades;
y á fé que por las ciudades
no cunde la rebelion.
Os ama...

Isabel. Si responder
no debo á su idolatría,
si infausta la suerte mia
plugo al cielo disponer,

fuera bárbaro rigor
sus amores codiciar
tan solo para triunfar
desdeñosa de su amor.
Beatriz, quiero que me olvide,
que no se acuerde de mí,
pues yo infelice nací,
y el destino nos divide.

Beatriz. Séame lícito dudar
que un amor que asi descuella
se borre cual leve huella
que el bajel deja en el mar.
Que aunque en ardiente corcel
revuelve la osada diestra
en la galana palestra,
es amoroso el doncel.
Vos sois el sol de su cielo,
la única deidad que adora;
por vos subirá, señora,
hasta los astros su vuelo.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, EL REY, EL ARZOBISPO DE TOLEDO, EL ASTRÓLOGO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Beatriz. No os halle su alteza asi.
(*Se enjuga las lágrimas la infanta.*)

Enrique. ¡Ni un voto haber conseguido!
¡Cielos, humillado pido
que tengais piedad de mí!

Isabel. ¿No hay esperanza, señor?
¿Á ser inmolada voy?
¿Al fin perderemos hoy
con el poder el honor?

Enrique. Todo el mal hoy se confirma
que anunció el hado, Isabel;
Fonseca tiene el papel.
Solo falta ya tu firma.

ACTO TERCERO.

El mismo apartamento en el palacio de don Enrique. Varios caballeros, ujieres y guardias hácia el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON FERRAN *y* DON FERRER DE LANUZA, *enviado de Aragon.*

Ferrer. ¿Pero es cierto, don Ferran?
Ferran. Os repito que la infanta
se negó resueltamente
á ceder á la alianza
que le propuso el consejo.
Como noble y castellana,
en vez de estampar la firma,
rasgó el pliego en que constaban
los contratos del enlace.
Ferrer. ¿Y sabeis que no os engaña
quien os dió tales noticias?
Ferran. Lo sé por su propia dama,
y por eso, don Ferrer,
para aconsejarse os llaman;
que negocios de cuantía
nunca en Castilla se tratan,
sin consultar el influjo
de Aragon y de Navarra;
y siendo vos enviado
del aragonés monarca,
es preciso que os pregunten.
Á ser facil, la balanza
inclinad pues, por mi amor,
contra esas bodas bastardas.
Al enviado navarro,

don Juan Biamonte, pintadlas
como absurdas, peligrosas...

Ferrer. Me esforzaré en cuanto valga,
doncel, para seros grato;
sabeis que no omití nada
para conseguir que el rey
de su servicio os nombrara,
mejorando vuestra suerte...

Ferran. Yo os doy, don Ferrer, las gracias.
Ah, sin vuestra proteccion...

Ferrer. Don Juan Biamonte...

ESCENA II.

LOS MISMOS *y* DON JUAN BIAMONTE, *enviado de Navarra.*

Ferrer. (*Cambiando el tono de la conversacion.*)
¡Bizarras
trovas haceis, mi doncel!
Pasad á verme mañana.
(*Á Biamonte.*) (*Se retira don Ferran.*)
Bien venido, embajador;
ya su alteza nos aguarda.

Juan. Pésame, seor don Ferrer,
si os molestó mi tardanza.

Ferrer. Sabeis bien, señor don Juan,
que nada de vos me enfada.
(*Á un ujier.*)
Avisad al arzobispo
que ya presentes se hallan
los ministros de ambos reinos.
(*Sale el ujier.*)
¿Sabeis, don Juan, la mudanza
que en el palacio ha ocurrido?

Juan. ¿Mudanza aqui? no sé nada.

Ferrer. Hánme dicho que los pactos
no se firman.

Juan. ¿Pues no estaban
ya las capitulaciones

en un todo concertadas?
¿Qué causa pudo impedir...?

Ferrer. No conjeturo la causa,
ni aun sé si el rumor es cierto.

Juan. Á estos castellanos pasa
lo que el mismo Lucifer
allá abajo no ideara.
Cada vez entiendo menos
de sus costumbres y usanzas.

Ferrer. Son, don Juan, notables jentes.

Juan. Combustibles á la llama
echan de la sedicion;
¿pensarán asi apagarla?

Ferrer. Temo que cunda su fuego
si otro rumbo no se trazan;
ya empieza á ser formidable.

Juan. Nuevas jentes se levantan.

Ferrer. La nobleza; pero el pueblo
y los concejos se cansan
de tan grandes turbulencias.
Aprecian la justa causa,
mas esquivan la ocasion...

Juan. Oiros, don Ferrer, me pasma.
¿Á ese marques de Villena
quién en Castilla contrasta?
¿Quién pone á su hermano freno?
¿Quién á las potentes bandas
de flecheros y jinetes
que sus querellas abrazan?
Para mí la rebelion
triunfó desde que su espada
Juan Pacheco el de Villena...

Ferrer. ¿Y el arzobispo? ¿Quién tanta
influencia en las Castillas
goza, ni mayor pujanza?

Juan. La única columna es esa
adonde el trono descansa;
que estos pobres paladines
que viven en la antesala,
zánganos cuando miel hay,

gusanos si la miel falta,
no han de rescatar á Enrique.

Ferrer. Le rescatará su hermana;
que la princesa Isabel,
prudente al par que alentada,
no consentirá jamas
ser víctima de sus tramas.

Juan. Sin duda, seor don Ferrer,
debísteis esta mañana
de recibir instrucciones
de vuestra corte; que cuadran
mal los conceptos de ahora
con los que ayer pronunciaban
vuestros labios á mi oido.

Ferrer. Si nuestras cortes entrambas,
por no saber remediarlo
con el consejo ó las armas,
toleran que las Castillas
en sus disensiones ardan;
que sus sembrados se talen;
que se incendien sus moradas;
que sangre corra á torrentes
por sus palenques y plazas;
tal vez, porque su soberbia
en lo posible se abata,
sabeis tambien que nos dicen
nuestras letras reservadas
que nunca su triunfo alcancen
ni los nobles ni el monarca.
Prudentes auxilios dimos
á los que bravos luchaban;
mas ya me parece hora
de que á Enrique se ayudara,
ó será el empeño inútil
si algun tiempo se dilata.

Juan. ¿Instrucciones recibisteis?

Ferrer. Don Juan, ni una sola carta;
mas para pensar asi,
con las antiguas me basta.

Juan. Del poderoso Aragon

suficiente una palabra
es para dar á Castilla
ó paz ó guerra.

Ferrer. Si grata
vuestra corte, seor don Juan,
la auxilia.

Juan. Vaya en gracia.

Un ujier. Sírvanse sus escelencias
de Aragon y de Navarra
pasar adelante.

Ferrer. Vamos.

Juan. (*Aparte.*)
No entiendo, á fé, lo que traman.
(*Vanse.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS, *menos los dos enviados. Entran* EL ASTRÓLOGO *y* DON FERRAN.

Astrólog. Traedme al punto al licenciado;
forzoso es que luego parta
de vuelta á Valladolid.

Ferran. ¿Y qué intentas?

Astrólog. La tardanza
nociva será sin duda;
vuelvo adentro. En esta estancia
espéreme el licenciado,
don Ferran, hasta que salga. (*Vase.*)

Ferran. El tiempo no malgastemos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

Entran EL OBISPO DE CALAHORRA, EL DUQUE DE ALBURQUERQUE *y otros* NOBLES *y* CABALLEROS.

Duque. Hablad, señor, en voz baja.

Obispo. Es mucha pena, señor,
que una voluntad estraña
siempre en Castilla domine.

Duque. No hay hacer, si Aragon habla.
Obispo. Del señor embajador
son órdenes las miradas.
Duque. Y hallan mal que la nobleza
desnude luego las armas
en pró de sus propios fueros
y de Castilla humillada.
Obispo. Ved á quien podrá decirnos
buenas nuevas.

ESCENA V.

LOS MISMOS, DON JUAN DE VARGAS *y otros dos* NOBLES.

Duque. Seor de Vargas,
bien venido. ¿Qué noticias
por la villa se propalan?
Vargas. Ignoro lo que se dice;
mas sé que desamparadas
las jentes de la nobleza
en Valladolid estaban,
pues no los sigue el concejo.
Juzgo, obispo, que os agradan
tales nuevas, que al maestre
guerra teneis declarada.
Obispo. Mas no la tengo, señor,
á sus huestes desdichadas;
que al fin, aunque soy leal,
conozco que razon harta
tienen en sus peticiones.
Duque. Y ¿quién duda que reclaman
con justicia? Los deshonra
solo esa necia arrogancia
del insultante maestre.
Obispo. Mas ¿qué graves circunstancias
en Valladolid harian
que el concejo retractara...?
Vargas. Yo no sé por qué motivo...
Los villanos preparaban
sus peticiones tambien;

mas llegó en hora menguada
un Jimenez de Cisneros
que con los donceles anda,
un licenciado coplista,
todo pobrezas y trazas,
pariente de esos pecheros,
y húbose de dar tal maña
con sus idas y venidas
acerca de la canalla,
que ahogar les hizo en el pecho
las voces que ya formaban.

Duque. ¿Y quién da á ese mozo parte
en cosas de esta importancia?

Obispo. Pues mándole yo al rapaz
que si con frase liviana
asuntos de Estado toca
yo castigaré su audacia.

Vargas. Antes de eso, seor obispo,
pienso medir sus espaldas
con lo largo de mi estoque
y con el pie su sotana.

ESCENA VI.

LOS DICHOS, FERRAN *y* EL LICENCIADO.

Duque. Solo el rey la culpa tiene.

Obispo. Débil cuerpo y débil alma
¿qué han de producir, seor duque?

Vargas. Ved al mismo de que hablaba.

Duque. Ah, señor licenciado, el buen coplero,
á fé de caballero
veros aqui me place.

Vargas. Pues tiempo tambien hace
que yo os buscaba en vano;
mas de Madrid lejano
sin duda el bachiller por los concejos
ocupado andaria en dar consejos
en pró de los señores.

Licencia. No soy ajente yo de los traidores.

Duque. No es el licenciadillo todavía
mozo que hable de asuntos de la guerra.
Una capellanía
es su sola ambicion sobre la tierra.

Licencia. El título, señor, de licenciado,
no de licenciadillo,
con ímprovos estudios he ganado.
Permitidme decillo,
que no fue de mis padres heredado,
cual los títulos son de la nobleza.

Vargas. Perdeis, seor licenciado, la cabeza.

Duque. Sin que el estudiantuelo lo jurara
facilmente notárase en su cara
que es de villana cuna.

Licencia. Si hubiéredes, gran duque, por fortuna
oido de los sabios la enseñanza
mientras vivis en deliciosa holganza,
viérais que en vos no llega el mental vuelo
ni aun para merecer que estudiantuelo
os llamasen un dia.

Duque. (*Poniendo á la espada.*)
Voy á enseñaros yo mas cortesía.

Ferran. Yo impediré, seor duque, ese trabajo.

Duque. Cuando á mí se me habla, se hable bajo.

Ferran. El mancebo, señores, es mi amigo;
quien á él ofenda reñirá conmigo.

Licencia. (*Dirije al duque una sonrisa despreciativa, y dice luego á Ferran.*)
Gracias, señor Ferran.

Obispo. ¿Dos caballeros
ponen liviana mano á los aceros
en la casa del rey? Y el estudiante
¿ignora por ventura que delante
se halla de un potentado?
¿Pues cómo asi, menguado,
ni la cabeza baja ni se humilla?
Pida perdon al noble.

Licencia. ¿Prosternado mandais que la rodilla
á quien me ofende sin razon le doble?
No fuera en mí humildad, fuera bajeza.

Duque. ¿Y cómo no ha de alzarse la nobleza
si los mismos villanos
osan contra sus dueños volver manos?
¡Oh corrupcion del tiempo! ¡Oh demasías!
¿Pues no ha de haber concejos y behetrías,
feudos, comunidades,
si dan tal libertad á las ciudades?
Nunca se acabarán nuestras querellas
si tú, pueblo, con sangre no las sellas.

Licencia. ¿Y es la sangre del pueblo, por ventura,
tan inútil ó impura
que la haya de verter furor ajeno
cual derramar pudiera inmundo cieno?
Sino hay pueblo, señor, ¿qué es la nobleza?
¿De qué cuerpo despues será cabeza?
Las resplendentes sedas, los brocados,
los vestidos con oro recamados,
las armas fulgorosas
que ostentais en las fiestas belicosas,
cuando del lujo á la siniestra lumbre
cegais la desdichada muchedumbre,
¿labráronlas los reyes y señores,
ó con afan el pueblo y con sudores?
¿Quién lleva el pan, el agua á vuestro labio?
¿Quién con designio sabio
supo encumbrar las ponderosas masas
de vuestras torres y arrogantes casas?
Sangre pedís al pueblo todavía;
como si al levantar el hacha impía
contra míseras jentes
no hiriérais ¡ó soberbios! unas frentes
que al Supremo Hacedor modelar plugo
para la libertad, no para el yugo.

Duque. Insolencia inaudita.

Obispo. Calle el rapaz, estudie y no repita
tópico que asi ofende
y que tan poco el lenguaraz entiende.

Licencia. ¿Y por qué al pueblo triste se condena?
¿No es harto ya que arrastre su cadena?
Acaso las repúblicas humanas

¿no son copias lejanas,
símbolo peregrino,
de un misterio divino?
El pueblo, la nobleza, el soberano,
(imajen terrenal de aquel arcano)
forman en la mundana jerarquía
análoga armonía
con el sagrado numen trino y uno;
al par pueden vivir, solo ninguno.

Noble 1.° (*Irónicamente.*)
Injenioso el rapaz es por el cielo.

Vargas. (*Mofándose.*)
Lástima que á su celo
no se entregue la cura del Estado.

Duque. Tened á bien, ó sabio licenciado,
dar una medicina,
que la nacion enferma se arruina.

Licencia. Si al señor duque place que lo intente,
entrégueme al doliente.

Vargas. (*Riéndose.*)
¡Bravo, señor doctor!

El Duque y *el Obispo.* (*Riéndose.*)
¡Gran curandero!

Noble 1.°, *al Obispo.* (*Aparte.*)
¿Quién es ese bufon?

Obispo. Un majadero.

Duque. Ya en el doncel nos vuelve la fortuna
á un imberbe don Alvaro de Luna;
á un marques de Villena, hecho estudiante;
á don Alonso el Sabio, en un cursante.

Licencia. Solo nos vuelve el hado
á un huérfano, señor, desamparado,
sin nombre, sin poder y sin riqueza,
burla de la nobleza,
cuyas tramas eternas y rencillas
destrozan las Castillas;
que si en mí hubiera solo algun destello
del grande alma de Luna, ya ese cuello
hubiérades doblado ante mi planta
que agora se levanta;

ya esa altiva cimera
sepultada en el lodo ante mí viera.

(*Sepárale á un lado don Ferran, y quedan hablando juntos.*)

Noble 1.° ¿Quién es ese gracioso petulante?

Vargas. Es un pobre ignorante,
de cabeza vacía,
sin humildad, saber, ni cortesía,
que hace trovas á pajes y escuderos.

Noble 2.° Un Francisco Jimenez de Cisneros,
lleno de vanidad, lleno de flato,
porque sabe escribir el mentecato.

(*Todos los nobles se rien.*)

Noble 1.° Pues tengo para mí que ó yo sé poco,
ó que está el licenciado un tanto loco.

(*Nuevas muestras de hilaridad por parte de los nobles.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, EL REY, LOS EMBAJADORES, EL ARZOBISPO DE TOLEDO, EL ASTRÓLOGO *y* ACOMPAÑAMIENTO. *El astrólogo se une á don Ferran y al licenciado, y parten juntos.*

Un Ujier. El rey.

Rey. ¿Que rompa mi mano
su paz y la sacrifique?
¿Ha de ser el mismo Enrique
quien inmole á su Isabel?
¿Tú tambien, buen arzobispo,
vosotros, embajadores,
mis prelados y señores,
me aconsejais ser cruel?

Juan. Hablamos á vuestra alteza
por su interes y su gloria.

Enrique. ¡Y luego dirá la historia
que muy poderoso fuí!

Arzobisp. La seguridad del trono...

Enrique. ¿Y no es nada su ventura?
¿Por qué su suerte futura

ha de emponzoñarse asi?
¿Quién vencerá su desvío?

Arzobisp. Á vuestra alteza le toca.

Enrique. Mi resolucion es poca,
no puedo hacerla penar.

Arzobisp. Al estenderse los pactos
no era nuestra angustia tanta,
y lícito fue á la infanta,
tal vez, negarse á firmar.
Pero ya de sediciosos
está la Castilla llena;
ya es el marques de Villena
el único emperador;
fuera resistir en vano
su astucia y su atrevimiento;
de su rey quede contento
el audaz conspirador.
Y cuando ya de los nobles,
cansados de turbaciones,
vuelvan los altos pendones
al nativo torreon;
y el marques en vuestra corte
retirado y solo quede,
entonces, señor, se puede
poner brida á su ambicion.

Duque. ¿Y es posible, el de Toledo,
que no haya un noble en Castilla
que la acerada cuchilla
ose alzar contra el marques?
¡Vive Dios si aqui le viera
yo á ser leal enseñara!

Noble 1.° Yo antes de eso le matara,
para enseñarle despues.

Noble 2.° Por Dios que es mengua que viva.

Noble 1.° ¡Ó quién lograra la suerte
de poderle dar la muerte
que tanto mereció ya!

Ujier. Me pesa, señor, deciros...
la turbacion me enajena...

Rey. Habla.

Ujier. El marques de Villena
en vuestra antesala está.
(*Sorpresa grande en todos los circunstantes.*)
Duque. ¡El marques!
Noble 1.º ¿Quién?
Rey. ¿Juan Pacheco?
Noble 2.º ¡El marques!
Obispo. ¡Por vida mia!
Arzobisp. ¡Vióse tamaña osadía!
Rey. Dime, Alonso, qué he de hacer.
Y vosotros, caballeros,
¿no os estremeceis conmigo?
Vamos, Fonseca, ¿qué digo?
Arzobisp. Por mí, mandarle prender.
¿Viene solo?
Ujier. Con su hermano.
Arzobisp. Voy, señor; la vez postrera
esta será...
Rey. Espera, espera:
¿adónde pensabas ir?
Arzobisp. Á prenderle.
Rey. Es felonía
prender á Juan de Pacheco;
tal vez de clemente peco,
mas le pienso recibir.
Duque. (*Con tibieza.*)
Mi espada, rey don Enrique...
Noble 1.º Y la mia, y mi fortuna...
Noble 2.º No quedará ociosa una...
Obispo. Todas por el rey estan.
Arzobisp. Recibirle es imprudente.
Rey. Asi lo quiere el destino;
mandad que libre camino
y entrada den á don Juan.
(*Sale el ujier.*)
Arzobisp. ¡Oh flaqueza! ¡Oh desventura!
Rey. ¿Y mis pecados son tantos
que no bastan los quebrantos
para purgarlos? Tú ves,
piadoso Dios, que mi pecho

la tribulacion devora:
¿cuándo llegará la hora
de la piedad?

Ujier. El marques.

(*Silencio, y sobrecojimiento jeneral.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL MARQUES DE VILLENA *y* EL MAESTRE DE CALATRAVA *armados de punta en blanco. Tres caballeros los acompañan. El marques examina detenidamente á los circunstantes, que bajan la vista á su mirada. Despues saluda al rey.*

Marques. (*Doblando la rodilla.*)
Señor, si vuestro vasallo...

Rey. (*Levantándose para impedir que el marques se arrodille.*)
¿Por qué doblas la rodilla?
Alza, marques; en Castilla
Enrique no reina ya.
Mi feudatario no eres,
que tu palabra y tu mano
en feudo á otro soberano
ligada, marques, está.

Marques. No conozco otro monarca
que al rey don Enrique Cuarto;
ni de mi feudo me aparto,
ni renuncio de mi fé.

Rey. ¿Á tí, que jentes levantas,
á tí, que con dura mano
me arrebataste á mi hermano,
ese lenguaje escuché?

Marques. Ah, señor, ¡cuántas calumnias
pudo inventar la bajeza,
que oyó quizá vuestra alteza
con escesivo candor!
Yo, que osado fuí á Burgos
por mi lealtad, no por dolo;
yo, que en Burgos entré solo,

solo á fuerza de valor,
arriesgando hacienda, vida,
por calmar los sediciosos,
¿yo cargos tan rigorosos
de vuestros labios oí?
¿Pues quién los conspiradores
tornó en meros pretendientes,
por quién ceden los potentes,
príncipe, sino es por mí?

Rey. Alza, marques de Villena;
háblame cual caballero,
di á tu antiguo compañero
de esa cruel sedicion;
di al amigo de tu infancia,
al que te ama con ternura,
que otro vaso de amargura
espera á su corazon.

Marques. Antes de alzar de la tierra
yo ruego á mi soberano
que me dé á besar la mano
de mi feudo por señal.

Rey. (*Conmovido le da á besar la mano.*)
Bien, marques; y dime ahora,
¿qué nueva prueba, qué marca
de humillacion tu monarca
ha de consentir, qué mal?

Marques. Cuando vengo, don Enrique,
con pecho sencillo y puro,
por mi palabra os lo juro,
y os lo juro por mi Dios,
á implorar de vos clemencia,
á pedir que perdonados
los nobles estraviados
puedan volver hácia vos,
consentid que solo sea
mi voz para vuestro oido;
solo á vos hablaros pido;
quiero hacerlo en puridad;
que estos nobles infanzones
al verme de horror se llenan,

sin escuchar me condenan.

Rey. Mis amigos, despejad.

Duque. ¡Qué oprobio!

Noble 1.º ¡Qué fiero insulto!

Arzobisp. Protesto que esa blandura
os abrirá sepultura;
don Enrique, permitid
que me oponga á ese mandato,
porque el hombre que acaudilla
la rebelion en Castilla...

Rey. Buen arzobispo, salid.

ESCENA IX.

EL REY, EL MARQUES DE VILLENA *y* EL MAESTRE DE CALATRAVA, *que se aleja, pero entra en escena despues.*

Rey. Ya estás libre, Juan Pacheco;
escucharé lo que dices;
habla, no te ruborices
de hablar hoy á tu señor
en nombre de los rebeldes,
que asi la suerte lo hizo.

Marques. Mi rey, no me ruborizo
de hablar cual embajador
de la ofendida nobleza;
que si su espada desnuda
es, señor, porque se duda
si gozais de libertad.
Que dicen que el soberano
ya no gobierna en Castilla,
que el arzobispo le humilla
y oprime su voluntad.

Rey. ¿Á mí?

Marques. Señor, soy sincero;
escuchad con tolerancia
al amigo de la infancia,
al que siempre leal os fue.

Rey. ¿Y contra el buen arzobispo

de Toledo qué reclaman?

Marques. Señor, don Opas le llaman
por tildar su mala fé.

Rey. ¡Don Opas al que fue solo
entre tanto consejero
el que con pecho sincero
mi triste causa abrazó!
¿Y te atreves á acusarle?

Marques. Á no estar yo convencido
de que es, señor, fementido,
y á vuestra alteza faltó,
¿cómo osara, rey Enrique,
conservar aqui la calma
que resplandece en mi alma
cuando acuso su lealtad?
Ni piden los caballeros
que se castigue al prelado;
solo quieren que un juzgado
patentice la verdad.

Rey. Mas ¿cómo? ¿Qué hizo Fonseca?
¿Cuál ha de ser su juicio?

Marques. El que mas justo y propicio
para un acusado es.
Aprisiónesele luego
por su culpa ó su inocencia;
y vos, señor, la sentencia
ó el perdon dareis despues.
Que si su culpa no fuera
clara cual la luz del dia,
y mas que la noche fria,
tenebrosa y criminal,
ni yo, señor, le acusara
incurriendo en grave pena...

Rey. ¿Y tú, marques de Villena,
que te precias de leal,
el solo apoyo me robas
que quiso el hado inclemente
dejar á mi triste frente
surcada por el dolor?
Tú que de niño y doncel

antes que nos diera al seno
su aromático veneno
su blanda crueldad amor,
conmigo partir solias
tu pesar y tu esperanza,
cuando aun no la dura lanza
nos era dado empuñar;
y en las belicosas justas,
aguijando los corceles,
cañas entre los donceles
arrojábamos al par,
desamparado me quieres,
sin ayuda, sin consuelo.

Marques. ¿Y qué, señor, mi desvelo
nada vale en vuestra pró?
¿Nada vale la nobleza
que á vos sumisa se ofrece,
y cuya honra merece
la vindicta que pidió?

Rey. Dime al fin qué solicitas.

Marques. Unánimes deseamos,
los que en Burgos nos juntamos,
por propia seguridad,
la prision del arzobispo;
y al punto juzgado sea
como vuestra alteza crea
que mereció su maldad.

Rey. ¿Solo viniste por eso?

Marques. Antes vine, don Enrique,
para alzar patente dique
contra nueva sedicion;
pues en Burgos se decia
que la infanta por insano
consejo, niega su mano
á la reconciliacion.
De Fonseca son astucias;
sin duda que la redujo...
Pero no llega mi influjo
la nobleza á contener.
Y si los tratos se rompen

y la palabra empeñada,
fuerza será que la espada
la torne á restablecer.
Don Alonso es el primero
que lo pide como infante;
y jura quedar triunfante
ó perecer con honor.

Rey. ¿Nada, marques, te convence?
¡Cuán severo está conmigo
aquel cariñoso amigo
á quien debí tanto amor!
¿Qué pides?

Marques. Que al de Toledo
se ponga en prision segura;
y que el pacto que asegura
de la princesa Isabel
la mano para el Maestre
se realice con presteza;
vos vereis si la nobleza
os es entonces infiel.

Rey. Dos amigos solamente
plugo á los cielos dejarme,
uno para aconsejarme,
otro para la afliccion.
En honda oscura mazmorra
pone al primero tu mano,
otro entregas á tu hermano,
y á mí la tribulacion.
El Dios del cielo piadoso
mejor á tí juzgue un dia,
que en horrorosa agonía
bañas mi pecho, marques.
Escribe, y á Dios responde,
que á tí, don Juan, toca hacello;
toma mi pluma y mi sello,
la muerte venga despues.

Marques. (*Escribiendo.*)
Responderé á mi conciencia,
y responderé á vos mismo,
pues yo os salvo de un abismo

que ya os iba á devorar.
Al de Fonseca en prision
por la salud del Estado.
El rescripto está acabado,
dignaos, señor, repasar.

Rey. (*Apartando los papeles.*)
No, marques; ¡pobre Fonseca!

Marques. Dispensad: fuerza se hace
cual condicion del enlace...

Rey. Pára, pára: ¡ah del ujier!
Di á mi hermana que la aguardo.

Marques. ¡Señor!

Rey. Con paciencia espera.
Es la condicion mas fiera
que se me puede imponer.
Yo amo á mi hermana, Pacheco;
por tí con pesar la inmolo,
pero no quiero ser solo
en herir su corazon.

Marques. Si yo pudiese aplacar
del Maestre el amor violento,
pero es tenaz opulento
y le ciega la pasion.

Rey. ¡Opulento! ¿Y á quién debe
sus riquezas y boato?
Á mí, que le dí al ingrato
armas con que hacerme mal.

Marques. Vuestra riqueza os devuelve
cuando mas se acerca al trono;
sus intenciones abono,
que es el maestre leal.
Y si al aleve Arzobispo
se aprisiona en el instante;
y se devuelve al Infante
su lejítimo poder;
y doña Isabel enlaza
con el maestre su mano,
ya no habrá poder humano,
señor, que os pueda ofender.

ESCENA X.

LOS MISMOS *y* LA INFANTA *con su* ACOMPAÑAMIENTO.

Marques. ¿Me hará merced vuestra alteza
de darme á besar su mano?
Infanta. ¿Vos, marques? ¿Con don Enrique?
Siempre os tuve por osado;
mas no pensé que flaqueza
mostrase tanta mi hermano:
¡escuchar los mensajeros
de sus rebeldes vasallos!
Rey. Ya no los tengo, Isabel;
ya todos me abandonaron.
(*Aparte.*) Teme por el niño Alonso.
Infanta. Triste de mí. ¡Cuán amargo
recuerdo hiere mi alma!
Rey. Juan Pacheco me ha probado
que es un servidor leal,
y que busca el bien de entrambos.
No te muestres tan severa.
Infanta. ¡Ah qué lucha, cielos santos!
Yo aborrezco á los traidores,
pero temo por quien amo.
Rey. Retracta tu negativa.
Marques. Del entendimiento claro
de vuestra alteza, señora,
nunca esperé que los pactos
de las nupcias se rompieran.
Infanta. ¿Cómo está Alonso?
Marques. Acatado
por mi influjo entre los nobles.
Infanta. ¡Ese influjo si empleado
le hubiérais por el monarca,
ó si mi anhelo escuchando
el rey os prendiese ahora!
Sed una vez soberano,
don Enrique, y plegue al cielo
mover vuestro pecho helado.

Rey. Isabel, no asi te indigna.
Marques. ¿Y solo ese premio aguardo
por defender á los vuestros?
¿La suerte no os duele acaso
de don Alonso, ese niño
por todos desamparado?
¿Fue justo que á don Beltran
se concediera el maestrazgo
único de don Alonso?
¿Cómo los de Santiago
no desnudaran la espada
por su maestre agraviado?
Infanta. Asaz conozco, marques,
el desgobierno y el caos
en que el rey mi señor vive,
y viven sus cortesanos;
asaz lloro las desgracias
que al triste pueblo aquejando
tornaran ambas Castillas
en un tenebroso osario.
Pero ni sois vos, marques,
ni son los de vuestro bando,
los que plañir deberian
ni hablar de males y agravios;
que vosotros, la justicia
y la equidad reclamando,
buscais la propia grandeza
y olvidais la del Estado.
Intolerantes, altivos,
pródigos al par y avaros,
vuestros manejos deslustran
el trono de los Fernandos;
con la vista en el tesoro
y la justicia en los labios,
¿pensais gobernar hiriendo
á los pueblos castellanos?
Marques. Por eso mismo, señora,
es fuerza que el poder vasto
de los indómitos nobles
ya toque á su final plazo;

que al trono los feudos vuelvan
en las batallas ganados;
y un vínculo poderoso
estreche en eternos lazos
al infanzon y al monarca.
Este sea el primer paso
de una reconciliacion
que nos libre del naufrajio.

Rey. Pobre, mírame Isabel,
perseguido y destronado;
consúmese el sacrificio
antes que, Isabel, sea vano.

Marques. Nunca ha de serlo, señor,
mientras que la espada al lado
ciña el marques de Villena.
Reflexionad que colmados
serán por vos, mi señora,
no los votos solitarios
de un humilde caballero,
que yo desinteresado
siempre fuí, desde la cuna,
sino los que nobles tantos
formaran con intencion
de darle cima alentados.
Vos símbolo sois, princesa,
de las paces que anhelamos.

Rey. Ya tú la tibieza viste
que en el consejo mostraron
de Navarra y Aragon
los dos nobles enviados;
ya viste que el Arzobispo...

Infanta. ¡Basta, señor! rescataros
sabré á vos y á don Alonso:
Marques, el injusto fallo
decidió ya vuestra espada;
triunfásteis, porque yo el casco
no visto ni malla dura.

Marques. ¡Señora, yo...!

Infanta. Mas los pactos
no firmaré sin que sean

mas decorosos, mas ámplios,
y la primer condicion
la libertad de mi hermano.

Marques. Vos misma dictad la letra
cual fuere de vuestro agrado,
y satisfaced en ella
los deseos mas lejanos.

Rey. Á Dios, marques de Villena.
¡Que me hayas tú violentado
á tal capitulacion!
¡Isabel! ¡Hermana! Vamos.

ESCENA XI.

EL MARQUES *y* EL MAESTRE.

Marques. ¡Maestre de Calatrava!

Maestre. Héme aqui. ¿Se han conformado?

Marques. Busca luego al Arzobispo,
y con prudencia y recato
dile que voy á prenderle,
que viste tú el real mandato.
Mírale; que si se estima,
si aprecia su vida en algo,
con pronta instantánea fuga
cure de ponerse en salvo,
que estoy resuelto esta noche,
Maestre, á sacrificarlo.

Maestre. ¿Pero no fuera mejor
la realidad que el amago?
Déjale prender por Cristo;
y pues su muerte has jurado,
muera de una vez.

Marques. Maestre,
cúmplase lo que yo mando.
¿Entendiste mi palabra?
Sé en el repetirla exacto.
Esos fieros y esas muertes
para asustar mentecatos
son á veces provechosos,

mas no para realizados.
Vale mucho el Arzobispo,
y es el solo de palacio
que á mi grandeza levanta
insuperables obstáculos.
Huya luego de la corte;
y si pasa á nuestro campo,
ni á mí me queda un rival,
ni á tí tan fuerte contrario.
Actividad, vijilancia.

Maestre. Mas...

Marques. Vuela el tiempo.

Maestre. Ya parto.

ESCENA XII.

EL MARQUES.

Conseguí, ciega fortuna,
que se humillase la Infanta;
en tus alas me levanta...
¡cual levantaste al de Luna!
¿Por qué, memoria importuna,
recordármele te plugo?
Si el reino se dobla al yugo
que tal vez le impongo yo...
¡él tambien le gobernó,
mas... dió su cuello al verdugo!
¿Y acaso la instable suerte
nunca será favorable?
¿Porque murió el condestable
con ignominiosa muerte,
rendido el ánimo fuerte
su historia contemplará,
y ante el poder temblará
que le ofrece enlace rejio?
No; que el corazon egrejio
los azares vencerá.
Ni es mi pronóstico vano,
que la boda consumada

con sangre real mezclada
quedará la de mi hermano;
y entonces... solo mi mano
gobernará la Castilla;
entonces de mi cuchilla
dependerán paz y guerra;
¿quién empañará en la tierra
astro que tan puro brilla? (*Sale.*)

ACTO CUARTO.

Cuadro primero.

Burgos: palacio del condestable de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE ALVA, EL DE PLASENCIA, DON DIEGO MANRIQUE CONDE DE TREVIÑO, *otros* NOBLES *y* UN UJIER.

Condest. ¿Y vos mismo habeis hablado
al maestre?
Alva. Yo, aqui cerca.
Que en Burgos entraba ahora;
me pidió que os advirtiera
su venida; llega luego.
Plasenc. Ya era tiempo de que cuenta
de su cometido diesen
él, y el marques de Villena.
Condest. ¿Mas no ha llegado el marques?
Alva. Hoy el maestre le espera.
Plasenc. Impaciente estoy por Dios
hasta saber con qué nuevas
vuelve á Burgos el maestre.
Alva. No fue muy veloz su vuelta;
el marques, sea dichoso en paz,
no habrá perdido su hacienda
con el viaje á la corte.
Plasenc. ¿Y qué habrá ganado en ella?
Alva. Don Enrique es jeneroso,
señor conde de Plasencia;

y á un embajador ¿qué menos
ha de dar que una encomienda?

ESCENA II.

LOS MISMOS, *y* EL MAESTRE DE CALATRAVA.

Un ujier. El maestre de Calatrava.
Condest. (*Abrazándole.*)
Bien venida vuestra alteza.
Maestre. Aun no gozo, condestable,
de tan alta preeminencia.
(*Abrazando á algunos nobles.*)
Bien hallados, mis señores.
Condest. ¿Cómo aquella corte queda?
Maestre. Solitaria, sin pujanza,
y muchos amigos velan...
Condest. ¿Se convence el arzobispo?
¿Qué dice de la nobleza?
Maestre. El marques mejor que yo
entiende de esas materias,
y os esplicará... yo sé
tan solo que la princesa
se digna ya con su mano
premiar mi amante terneza;
que se han de satisfacer
todas vuestras justas quejas,
arrancándole el maestrazgo
á don Beltran de la Cueva
para volverle al infante;
si bien algo necio fuera,
despues que le hicimos rey,
darle, ademas, esas rentas.
Condest. No hay pensar en tal sandez:
¿mas son las gracias sinceras,
ó pretestos solamente
para que dure la tregua?
Maestre. Don Enrique ha comenzado
por darnos de su fé prueba,
concediéndole al Marques

ciertas ciudades y tierras;
pero en galardon destina
muchas mas á las proezas
que acabásteis, caballeros,
en tan lamentable guerra,
y el maestrazgo de Santiago...

Alva. Al fin no desaprovechan
al entendido marques
las desgracias que lamenta;
feudos le da don Alonso,
y don Enrique preseas;
vaya por Dios.

Maestre. Son presentes
que nunca rehusar debiera,
buen conde, un negociador.
Á vos mismo vuestras deudas
don Alonso satisfizo:
¿y bastará esa fineza
para que rehuseis ingrato
las gracias que hacer intenta
en vuestra pró don Enrique?
Con lo que los tiempos llevan
conformarse es necesario.

Plasenc. ¡Vanidades todas esas!
Mientras en gracias pensamos
¿quién sabe si en contra nuestra
arma jente el arzobispo
y por las Castillas entra?

Alva. ¿Y aun encerrado en los muros
temeis á su reverencia?

Plasenc. Temo yo cual los valientes;
su astucia temo, y su fuerza,
que es sagaz el de Toledo,
y débil nuestra bandera.

Maestre. El de Toledo, seor conde,
no ha de causarnos sorpresas;
que aunque hoy mismo llega á Burgos,
no trae mas jente de guerra
que un capellan y dos pajes,
con un saco de induljencias.

Condest. Viene á negociar sin duda.
Alva. ¿El arzobispo se acerca
desarmado á nuestros muros?
Treviño. Harto mas la sutileza
temo yo del arzobispo
que sus armas y querellas;
que no es grande capitan
todo aquel que estudia ó reza.
Plasenc. Castillos y calabozos
hay en Burgos, se le encierra,
y no vuelven á ver luz,
ni él, ni su mision secreta.
Maestre. El de Toledo, señores,
viene á ofrecer su influencia
al príncipe don Alonso.
Condest. ¿El de Toledo se muestra
tan propicio á nuestras miras?
¿Son esas noticias ciertas?
Treviño. Pues entónese ya el triunfo,
que dudarlo fuera mengua.
Condest. ¿Mas cómo?
Maestre. Supo que Enrique,
yo ignoro por qué materias
de Estado, á prenderle iba;
huyó luego, y se presenta
á servirnos ó á vengarse
como la fortuna quiera.
Condest. ¡El Arzobispo!
Maestre. Pendones
ya en Avila hizo Fonseca
levantar por don Alonso.
Treviño. ¿Y el marques?
Maestre. Fue el quedar fuerza
para acabar los contratos
de las bodas.
Treviño. ¡Asi puedan
las jentes ya licenciarse
que tan costosas nos eran!
Podremos ir á la corte...
Maestre. Mas despacio y con cautela,

señor conde de Treviño;
que aunque la verdad completa
es mi deber presentaros,
las mercedes y promesas
cuyo padron traigo aqui,
no me parece imprudencia
antes verlas realizadas
que nuestras huestes disueltas.

Condest. Tanto mas cuanto es forzoso
que tambien su lugar tengan
las mercedes que cual rey
á los que bien le sirvieran
cumple hacer á don Alonso.

Maestre. Pide el honor que asi sea;
que su causa defendimos
honrosamente en la arena,
y fundamos la unidad
que á los próceres sustenta.

Condest. Justo es que asi se declare
por medio de recompensas.

Plasenc. Pues viva el rey don Alonso.

Maestre. Mientras los yelmos resplendan
de las poderosas bandas
que ahora, señores, nos cercan,
una peticion humilde
se escucha con mas clemencia
que cien memoriales dados
entre tapices de seda.
Trabajemos de consuno
porque mas grandes contiendas,
señores, á la infelice
Castilla no sobrevengan;
y hasta lograr paz y orden
mantened las armas puestas.

Alva. El Maestre es nuestro escudo.

Treviño. Nuestros nietos ¿qué dijeran
si asi nos viesen ganar
los mayorazgos que heredan?

Maestre. Mas parece, señor conde,
que de hijo de la nobleza,

esa reflexion salida
de boca de quien quisiera
dar valor á los pecheros...
Mas aqui viene su alteza.

ESCENA III.

LOS MISMOS, *y* EL PRÍNCIPE DON ALONSO *con* ACOMPAÑAMIENTO.

Alonso. Gran maestre, bien venido:
¿cómo dejaste á mi hermano?
Maestre. Dadme á besar vuestra mano
(*Se la besa doblando una rodilla.*)
cual á súbdito rendido.
Alonso. ¿Y cómo sigue Isabel?
¿Se divierten todo el dia?
¿Tienen mucha cetrería?
¿Viste alli cierto doncel
á quien llaman don Ferran,
asaz de jentil y apuesto,
en el corcel muy enhiesto
y en las justas muy galan?
¿Por qué no me le trajiste,
supuesto que estaba alli?
Maestre. Señor, porque no le vi.
Alonso. Pues maestre, mal hiciste,
que es aquel bravo rapaz
mi compañero y amigo:
¿cuándo le vere conmigo?
Esta vida es dura asaz.
Maestre. Pero, señor, permitid
que cuenta os rinda primero...
Alonso. Lo que antes que todo quiero
es salir para Madrid.
Adonde abrace á mi hermana,
y haya justas y festines,
y corra por los jardines,
y antes hoy que no mañana.
Maestre. Mas no es posible, señor,

que de Burgos Vuestra Alteza
pueda salir.

Alonso. ¡Qué fiereza!
¡Soledad siempre y rigor!
¿Pero qué mi hermano dice?

Maestre. Que á vos contento se humilla,
que el reinado de Castilla
sea á Vuestra Alteza felice;
y mil congratulaciones
os manda y respetos mil,
por el gobierno civil
que ejercen vuestros varones.

Alonso. A ellos congratula pues,
y no á mí, que aun no hice nada.

Maestre. Vustra prudencia estremada
nuestro solo móvil es.

Alonso. Yo estoy triste, yo quisiera
ver á Isabel, cabalgar,
y por las plazas justar
con reluciente cimera.
Y á Ferran, y á otros donceles,
ver quisiera yo á mi flanco,
armados de punta en blanco,
sobre espumosos corceles;
ó bien en fiero escuadron
por la vega granadina,
ver quiero cómo se inclina
el moro sobre el arzon.
Cómo el cristiano membrudo,
cuando al contrario no alcanza,
le arroja la fuerte lanza
y le atraviesa el escudo;
y cómo en la dura cota
que al moro sirve de meta
da silbadora saeta
y cae despuntada y rota.

Maestre. Vuestra Alteza, mi señor,
del alcázar todavía
no puede salir de dia,
que hay aqui mucho traidor;

y cumple á los caballeros
guardar su persona augusta.

Alonso. Tanto amor ya me disgusta
y ver tantos escuderos.
Siempre con formalidad,
siempre con jentes ancianas,
enfado me dan las canas,
enfado la austeridad.
Siquiera por los jardines
libre solazar debria,
sin que turben mi alegría
esos viejos paladines.

Maestre. Mas es forzoso, señor,
que la cámara os esconda
para que de vos responda
nuestro vijilante amor.
Escribid á vuestra hermana
la infanta doña Isabel,
y trasladad al papel
la impaciencia que os afana;
decidle que no hay remedio
para vuestra reclusion;
que os consume la pasion,
que os ha de matar el tedio.
Que solo saldreis de aqui,
ved que yo nada recato,
cuando se cumpla el contrato
que dichoso me hará á mí;
que hasta entonces no hay persona
que en Burgos os pueda hablar,
sino los que vijilar
deben por vuestra corona.

Alonso. (*Enternecido.*)
Mal haya el funesto instante
en que tal corona vi,
y la hora en que vine aqui,
y en que vine al mundo infante.
¿Pero tendré libertad
cuando se acabe la boda?

Maestre. Tendrá vuestra alteza toda

cuanta sea su voluntad.
Y entre sus vasallos fieles
reinará segun su gusto;
ni un semblante verá adusto,
sino garridos donceles.
Entonces, sin otros fines
que dar vado á su placer,
solo tendrá que atender
vuestra alteza á los festines.
Don Enrique irá á Toledo,
que la tristeza le acosa;
yo con la infanta mi esposa
en Madrid junto á vos quedo.

Alonso. ¿Tú en Madrid?

Maestre. Señor, es vana
vuestra sospecha, que ya
nunca se os enojará.

Alonso. Ven á escribir á mi hermana.

ESCENA IV.

DON DIEGO MANRIQUE.

¡Infeliz! ¡qué triste suerte
darte al destino le plugo!
Primero el acervo yugo,
¡y por término la muerte!
Habrá venido Abiabar;
ya es hora de que aqui esté.
¡Ujier!—Que paso se dé
á uno que me quiso hablar.
(*Se queda pensativo hasta la siguiente*)

ESCENA V.

EL MISMO *y* ABIABAR.

Abiabar. ¿Acabó toda esperanza?

Diego. Toda esperanza acabó.

Abiabar. Bien asi lo temí yo.

Diego. Mi poder á mas no alcanza.
Penetré ya el triste arcano;
morir juro yo con él;
mas sepa doña Isabel
cuánto peligra su hermano.
Sepa que por cada instante
que dura su resistencia
borra un año de existencia
á la vida del infante;
que ceda sin mas decir,
don Abiabar, es preciso;
cúmplase su compromiso,
ó habrá Alonso de morir.

Abiabar. Mas defendedle, señor,
por algun plazo la vida;
si al fin ha de ser cumplida
la mente del opresor,
yo os respondo que Isabel
evitará ese atentado.

Diego. Aqui hay de escribir recado.

Abiabar. ¡Qué mandato tan cruel! (*Escribe.*)

Diego. Y ese arzobispo traidor
que á su rey vuelve la cara...
¿Mas cómo á Enrique dejara?
¿Cómo asi vende su honor?

Abiabar. No es dificil que se esplique
la causa, señor, del mal;
que el prelado es desleal
y es infeliz don Enrique.
(*Acaba de escribir, y da una palmada.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS *y* UN ESCUDERO.

Abiabar. Nuño, luego á Madrid parte
sin dilacion, sin demora,
sin detenerte ni un hora,
Nuño, por ninguna parte.
Preguntas adónde estan

los pajes del soberano,
y este pliego en propia mano
da al que llamen don Ferran.
¿Entendiste? ¡En el momento!
Muestra que sabes hendir
los aires. (*Sale el escudero.*)

Diego. Dios impedir
quiera el delito cruento.

Cuadro segundo.

ESCENA VII.

El mismo palacio de DON ENRIQUE: EL REY, *abatido y lloroso. Algunos* CABALLEROS *le acompañan.*

Enrique. Yo, á quien un tiempo acataron
tantos ricos infanzones
que brillaban cual luceros
en el campo y en la corte;
el arzobispo, el marques,
todos me fueron traidores,
y agora desesperado,
mísero, abatido y pobre,
en mi soledad me quejo
sin que saluden mi nombre
mas que injurias y denuestos.

Un noble. Vuestra alteza me perdone,
que aun quedan al rey Enrique
muchos fieles servidores.
Quizá se acerca ya el dia
en que la copa se colme
del dolor, y al cielo plazca
tornárosla en bendiciones,
que ya al vicario de Cristo
llegaron vuestros clamores,
y su anatema sagrado
derrocará los pendones
de la aleve sedicion;
y Dios hará que tremolen
vuestras invictas banderas
en los mismos torreones
adonde flotan al viento

las de los altivos nobles.

Enrique. Esa es mi sola esperanza;
que si mi mal no socorre
con su benigna influencia
el Supremo Sacerdote,
¿qué será de mí? He cedido
por diversas pretensiones
del Maestre, aquello poco
que ya me quedaba, en dote
para mi hermana Isabel;
fueros, villas y esenciones
dí tambien á la nobleza;
tú sabes que los favores
pago yo siempre al contado
poniéndoles precio doble;
solo olvido las ofensas;
mas si bien me hace algun hombre,
viva y leal mi memoria
aquel bien por siempre acoje.

El noble. Los castellanos, señor,
vuestra virtud reconocen;
ellos vengaros sabrán.

Enrique. ¡Y mi hermano! ¡Cuán ignoble
fue su conducta conmigo!
¿Qué no le dí? ¿Qué ocasiones
evité de complacerle?
Y porque los ricos-hombres
me obligaron á quitarle
su maestrazgo, se propone
arrojarme de mi trono,
acaudillar los motores
del mismo mal que lamenta,
pedir que no se perdone
á los mismos que quisieron
defenderle con razones.

El noble. Recuerde, señor, su alteza
que á don Alonso le imponen
la obligacion de agraviaros,
y que en la almenada torre
de Burgos preso se encuentra,

aunque monarca le nombren;
recordad que aun hay, señor,
quien de serviros se honre,
que sois rey.

Enrique. Mas sin vasallos.
(*Adelantándose, y en voz baja á su interlocutor.*)
Mi secreto no te asombre.
¿Sabes tú quién consiguió
á fuerza de instigaciones
que el maestrazgo le quitase
á mi hermano, ó hasta dónde
instó con sagaz empeño?
Mas ¿de callarlo respondes?
Mira que mi propia vida
diciéndolo en riesgo pones;
pues fue el marques de Villena,
ese mismo que por orden
ahora clama y por justicia,
entre armados escuadrones.

El noble. ¡Señor!

Enrique. Pero no lo digas.

El noble. El Dios que rije los orbes
por medio de su vicario
cortará las disensiones.
Tambien vuestros aliados
quizá todos se proponen...

Enrique. ¡Mis aliados! ¡Morir
con sus buenas intenciones
me dejan de muerte cruda!

El noble. Tal vez ocultos resortes
tocarán para salvaros.

Enrique. Tan ocultos que se borren
de la memoria y la vista,
ó quizá que ni aun les toquen.

Un ujier. El noble obispo Venerio,
de su santidad en nombre,
pide hablaros.

Enrique. Cielos justos,
¿si acabarán tus rencores?
¡El nuncio mismo del papa!

Salid luego, mis varones,
recibidle en vuestros brazos,
prodigadle los honores.
(*Salen algunos nobles.*)
Él refrenará la audacia
de mis fieros campeones;
y del clero refractario
los atentados enormes
sabrá castigar tambien,
que yo le colmé de dones
y ahora ingrato me maltrata
y el reino siembra de horrores.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL OBISPO *con algunos* CAPELLANES, *y los* NOBLES *que salieron á recibirle.*

Obispo. (*Abrazando al rey, que se adelanta á recibirle.*)
¡Señor!
Rey. Seas bien venido.
Obispo. Me manda su santidad...
Rey. Ah, buen Venerio. ¡En verdad
me encuentras tan desvalido!
Sin perder tiempo es forzoso
ir á Burgos de contado;
Alonso me ha destronado;
no quiero serte enojoso;
él empero es el señor
que rije hoy á la Castilla,
los rebeldes acaudilla;
parte luego por favor;
y que tus palabras santas
calmen la furia inclemente
que arrebata á aquella jente,
todos caigan á tus plantas.
Mis facultades te cedo;
monarca le han elejido;
mas sabes ¡ah! ¿quién le ha unjido?

el prelado de Toledo.

Obispo. Ya lo sé.

Rey. ¿Pero asi peca
contra el rejio bienhechor
ese arzobispo traidor
don Alonso de Fonseca?
¿Y tambien mi propio hermano
á la traicion se abandona?
¿Tambien contra mi corona
alza la rebelde mano?
Y decreta mi prision
sin ver que los desleales
con aguzados puñales
traspasan mi corazon.
Partid, obispo Venerio,
partid luego sin demora,
que hoy arrastra cada hora
un siglo de vituperio.
Mi sangre anhelan verter
en patíbulo elevado,
y tú, hermano Alonso amado,
tú puedes verla correr.
¿Qué te hice yo, Alonso mio,
para que agora inhumano
en contra tu propio hermano
asestes el hierro impío?
Parte, obispo, sin temor;
á tí te respetarán,
tú voz obedecerán.

Obispo. ¡Don Enrique, mi señor!

Rey. El de Villena está aqui;
pero ¿creerás que el osado
en mi casa me ha insultado,
y que me amenaza á mí?
¿Creerás que el desnudo hierro
altivo me presentó...?
Basta, Venerio, que yo
solo al pensarlo me aterro.
Con Isabel partirá...
Pasa á Burgos, buen amigo,

y el Señor vaya contigo,
y su perdon luzca ya.

Obispo. Es inútil, don Enrique.

Rey. ¡Cómo! ¿Y el papa tambien
ya me mira con desden?
¿Tambien él quiere que abdique?
¿Tanto he pecado, Señor,
que no hay para mí piedad?

Obispo. Vuestra angustia sosegad,
y escuchadme por favor,
que su santidad me envia
para prestaros consuelo;
mas de otra manera al cielo
decretarlo convenia.

Rey. Buscad pues á los traidores.
Cumplid su santa intencion.

Obispo. Por llenar esa mision
ya en Burgos vi á los señores.

Rey. ¿Á Burgos, obispo, has ido?

Obispo. Ya, señor, vengo de alli,
y funestas cosas vi
que dar hora á vuestro oido.

Rey. ¿Y qué los nobles dijeron?
¿Cómo respondió mi hermano?

Obispo. Para besarle la mano
vanas mis instancias fueron;
en el cautiverio jime
que le dieron los traidores.

Rey. ¿Y ni una espada, señores,
á don Alonso redime?

Obispo. Es dorada su cadena,
ora suave, ora fuerte,
segun lo quiere la suerte
ó lo manda el de Villena.

Rey. Mas los nobles ¿qué dijeron?
¿Cuál es al fin su intencion?

Obispo. Que es santa la sedicion
tumultuosos respondieron.
Dijéronme á mí, al-legado,
en confusa gritería,

que Burgos no obedecia
los caprichos de un prelado.
Y añadieron luego ¡oh mengua!
que si al punto no callaba,
pronta una espada se hallaba
para cortarme la lengua;
que mi mejilla no herían
con los sus guantes bruñidos,
por respeto á los vestidos
que á la sazon me cubrian;
que al Papa no dé esta guerra
mas importuno desvelo;
con sus llaves que abra el cielo
sin curarse de la tierra.
Y que si se fulminaban
contra ellos escomuniones,
ellos con otras razones
nulas ya las declaraban;
que al concilio apelarian;
que terrenal es su culpa;
y tan fundada disculpa
los padres no desoirían.
Y para mas irrision
de Burgos luego me echaron,
y las puertas entornaron
cubriéndome de baldon.

Rey. Ya para mí no hay remedio;
ya se acabó mi esperanza;
nada para mí se alcanza.

Obispo. Queda, señor, solo un medio;
los mismos que escarnecian
mi sacrosanta mision,
la palabra de Aragon
humildes respetarian.
¿Su monarca no pudiera...?

Rey. Ayudarme prometió,
y á su palabra faltó
cual si dádola no hubiera;
¡y á mí que le serví tanto!
Mi azote es la ingratitud...

Isabel, ¡ah! mi virtud
fortalezca el cielo santo.
Solo este dardo faltaba
para desgarrar mi pecho.

Obispo. Dominad vuestro despecho.

Rey. Venerio, tanto la amaba.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, LA INFANTA *vestida de viaje, y acompañada de* NOBLES, DAMAS, DUEÑAS *y* ESCUDEROS.

Isabel. Abrázame, hermano; por la vez postrera
quizá que en el mundo lo puedas hacer,
y á mis servidores...

Rey. El cielo no quiera
robarme la dicha de volverte á ver.
Ah vírjen ilustre, escelsa heroina
que á la patria inmolas tu felicidad,
el pesar amargo tu frente no inclina;
pasara tu nombre de una en otra edad.

Isabel. A los cielos plugo darme rejia cuna;
soy de la Castilla, que vida me dió;
combatí esforzada la adversa fortuna;
á mi patria, empero, no combato yo.
Y si en holocausto la triste Castilla
demanda mi sangre, pide mi penar,
la frente serena bajo la cuchilla
tenderé gustosa sobre el patrio altar.
Los cielos piadosos saben, don Enrique,
que inunda mi alma la tribulacion;
mas al desacato fuerza es poner dique,
fuerza ahogar la llama de la rebelion.
¡Aciago viaje, nupcias desdichadas!
De quebranto llena me aparto de tí;
felice si calmo pasiones airadas,
dichosa si en calma vuelvo á verte aqui.
Á Dios, que este cáliz triste, don Enrico,
que á mi labio toca es fuerza apurar;
por tí, por Castilla yo me sacrifico;

el cielo la ofrenda se digne aceptar.

Un ujier. Señor, solicita paso el de Villena.

Infanta. Aguarda un momento

(*Abraza á su hermano.*)

por la última vez.

(*Con firmeza.*)

Dale paso libre.

Rey. La voz me enajena

del dolor agudo la horrible embriaguez.

(*El rey se sienta desfallecido de pesar.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, EL MARQUES DE VILLENA, *y* FERRAN *disfrazado entre los* CABALLEROS *de la comitiva.*

Marq. ¡Señor!

Infan. Es la hora de que al sacrificío

la víctima parta; abrid paso vos;

mi dolor el cielo contemple propicio.

Marq. De mi fé sincera tambien juzgue Dios.

Que yo no merezco ¡oh preclara infanta!

la amarga censura que os plugo lanzar;

vuestro esposo espera junto al ara santa

el voto, señora, que vais á prestar;

por acompañaros cual fiel escudero

¿acaso os ultraja quien en fiera lid

sobre el yermo campo muriera primero?

Infan. Marques, nos aguardan en Valladolid.

¿Estais ya dispuesto con esos soldados?

Marq. Á serviros prontas mi jentes estan;

mas los hombres de armas son vuestros criados,

y del rey Enrique los que guardia os dan.

Infan. ¡Del rey!

Marq. Sí señora, de mi soberano;

vuestra orden espero; señor, permitid

que bese de hinojos vuestra augusta mano;

mandadme, cual siempre, en Valladolid.

Infan. (*Á doña Beatriz viendo á don Ferran, que para darse á conocer se levanta la visera.*)

¿Le ves? Ya no hay duda; ¿y á mí se presenta?

¿Para cuántos males vivirá Isabel?

Beatr. ¡Valor! ¡Confianza!

Infan. ¿Mas qué hacer intenta?

Beatr. ¡Audacia increible es la del doncel!

Rey. ¿Y tú, Juan Pacheco, te llevas mi hermana?
¿Solo, abandonado me quieres dejar?

Marq. Señor, un instante.

(*Siguen hablando en voz baja.*)

Ferra. (*Aparte.*) La esperanza es vana
de aquellos, señora, que os van á inmolar.

Infan. ¡Ah triste! Fallezco.

Ferra. Señora, yo os juro
que si al pie del ara os llegais á ver,
sabrá del maestre mi hierro seguro
el *sí* aborrecido alli contener.
Tomad sin recelo la propuesta via,
que yo tengo espada, y tengo valor;
vuestra grave ofensa ya, señora, es mia,
y yo rescatarla sabré por mi honor.

Rey. Basta ya, Pacheco, basta de razones:
¡ah mísero Enrique!

(*Abraza en silencio á su hermana, y se retira por el fondo.*)

Infan. ¡Á Dios! ¡Qué pesar!
Estoy pronta. Vamos.

Marq. Las tribulaciones,
augusta princesa, van á terminar.

ACTO QUINTO.

Valladolid: sala del palacio de don Diego Manrique, conde de Treviño.

ESCENA PRIMERA.

EL MAESTRE *y* EL CONDE DE TREVIÑO.

Maestre. Señor don Diego Manrique,
señor conde de Treviño,
aceptad la gratitud
de compañero y de amigo
por la espléndida acojida
que mi esposa os ha debido;
hasta ahora ignoraba yo
que alcázar tan bien provisto
en Valladolid tuviésedes.

Treviño. Es para vuestro servicio.
Cuando acá llegó Su Alteza
con vuestro hermano, rendido
debí ofrecerles á entrambos
para descanso un asilo
que aunque pobre, suyo fuera.
Hoy, Maestre, me he atrevido
algun poco á decorarle
para las fiestas.

Maestre. Sois fino,
Conde, al par que jeneroso.

Treviño. Me honrais, Maestre, infinito.

Maestre. ¿Avisaron ya á la Infanta
de mi vuelta?

Treviño. Á recibiros
contestó que al punto sale.

Maestre. Ahora, Conde, un don os pido.
Treviño. Libre disponed, señor,
del Conde á vuestro albedrío.
Maestre. Jeneroso, el Conde, sois;
honradme, yo os lo suplico,
concurriendo á la capilla
como principal testigo,
pues la bendicion nupcial
á darnos va el Arzobispo.
Treviño. Tantas honras me confunden.
Maestre. ¿Está todo prevenido?
Treviño. Ya solo falta, Maestre,
que se cumpla el santo rito.
Y plegue á Dios que terminen
con él fendos y delitos,
y que renazca la paz
sobre los altares mismos.

ESCENA II.

LOS MISMOS, DOÑA ISABEL *vestida de boda, con sus* DAMAS, *y* DOÑA BEATRIZ.

Maestre. (*Inclinándose y doblando una rodilla.*)
Conceded, noble Princesa,
que vuestro esposo sumiso
bese vuestra augusta mano.
Isabel. (*Dándole á besar la mano.*)
Á vos, que no á mi marido,
gran Maestre, se la doy;
gozar en paz séame lícito
de una hora que me queda
de libertad.
Treviño. (*Saludando.*) Me retiro
con vuestra venia, señora.

ESCENA III.

LOS MISMOS, *menos* EL CONDE.

Maestre. ¿Tanto os pesa el yugo mio,
que los instantes contais

que dél os libra el destino?
¿Merece rigores tantos
el que á vuestros desvalidos
hermanos supo escudar?
¿Aquel que en vuestro cariño
espera hallar su ventura
y ser de gozarla digno?
Que si mis esfuerzos todos,
mis preces, mis sacrificios
bastaran á hacer felice
á mi infanta...

Isabel. No he nacido
para ser dichosa yo.
Si severo el labio dijo
lo que el alma padecia;
si á ser vuestra me resisto;
si es el veros para mí
el mas horrible martirio,
pronunciado el sí fatal
sabré cumplir lo ofrecido;
hasta entonces... sed piadoso,
dejad mi dolor conmigo.

Maestre. Ni aun entonces lograré
un amistoso suspiro,
una halagüeña mirada...

Isabel. Si vos abrís el abismo,
¿por qué al contemplar su cráter
vacilais estremecido?
Sollozos yo os los daré;
y vuestro tálamo frio
con lágrimas dolorosas,
y con silencio sombrío,
festejaré cual conviene
no al amor, al odio altivo.

Maestre. Supuesto que os importuno
dadme, señora, permiso...

Isabel. No pudísteis pedir gracia
mas lisonjera á mi oido.

Maestre. (*Aparte.*)
Goza en paz de tus desdenes,

que yo, Infanta, no me humillo;
da una hora á tu despecho;
yo daré una vida al mio.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* EL MAESTRE.

Beatriz. ¿Y es posible, mi señora,
que no recobreis la calma?
¿Por qué no lanzais del alma
el dolor que la devora?
Si no hay para el mal remedio
que en vuestra mente domina,
combatid cual heroina,
y no os venza ignoble tedio;
que en las finezas futuras
y en la mútua confianza,
se deja ver la esperanza
de no soñadas venturas.

Isabel. ¿Y el tiempo fuerza tendrá,
tendránlo riqueza ó gloria
para borrar la memoria
del cariño que aqui está?
¿Ó ha de lograr por ventura
el Maestre, mi señor,
apagar mi antiguo amor,
ahogar mi antigua ternura?
¿Por qué humanos sentimientos
á mí el cielo quiso dar?

Beatriz. Para que sepais triunfar
de sus caprichos violentos.

ESCENA V.

LOS MISMOS, EL CONDE DE TREVIÑO, *y* FERRAN *armado: luego que entra se alza la visera.*

Treviño. (*Á Ferran.*)
Pasad, señor; vedla alli.

Sin recelo hablar podreis.

Ferran. Mas vos, conde, cuidareis...

Treviño. Nadie se acercará aqui.

Isabel. ¡Ah! ¿qué es esto, señor conde?
Vos me habeis hecho traicion.

Treviño. Señora, vuestro perdon;
harto mi lealtad responde.

Isabel. Señor conde de Treviño,
de alevosía os requiero.

Treviño. Á mí que soy caballero,
á mí que una espada ciño
que siempre por vos vibró;
á mí que nacer os vi,
que á vuestro padre serví,
¿fementido he de ser yo?

Isabel. ¿Y vos, doncel, no sabeis
ni aun respetar mi decoro?
¿Estas lágrimas que lloro,
Ferran, no compadeceis?
¿Qué, nada os importa abrir
nuevas llagas á mi pecho,
nada os importa el despecho,
doncel, que me haceis sufrir?
¿Ignorais que hoy juraré,
al gran maestre ofrecida,
serle fiel toda la vida,
y que el voto cumpliré?

Ferran. No lo jurareis, señora,
que tambien juré ferviente
romper el nudo inclemente
de ese voto que os desdora;
y si mi amor, mi ternura,
mis ruegos, mi padecer,
no alcanzaran á vencer
los males que el pecho augura;
si vos, infanta, anhelante,
por mentida obligacion,
traspasais mi corazon
con ese dardo punzante;
si al altar subís con él,

por la fé de caballero
que al gran maestre el acero
ha de matar del doncel.

Isabel. En una corte estranjera
de peligros rodeado...

Ferran. ¿Y qué son para un soldado
que paz en la tumba espera?
¿Qué cien espadas á mí?
Solo ha de matarme una:
¡sígame pues la fortuna,
y yo muera ó triunfe aqui!

Isabel. ¡Morir, Ferran! ¡Cruda suerte!
Vuestra juventud florida...

Ferran. Sin vos detesto la vida,
sin vos imploro la muerte.
Sin vos mis dias serán
noches lúgubres de llanto,
que de tinieblas y espanto
mil espectros llenarán.
Y en ensueño pavoroso
y entre horrorosas visiones
veré las adoraciones
que os tributa vuestro esposo.

Isabel. ¿Mas qué pretendeis de mí,
Ferran, con esos conjuros?

Ferran. Que abandoneis estos muros;
que salgais luego de aqui;
que perdoneis mi osadía;
yo vuestro esclavo seré...

Isabel. ¡Don Ferran! ¡Ah! ¿Qué escuché?
Mas fiel, conde, yo os creía.
¿Llegó vuestro desvarío,
doncel, hasta imajinar
que era lícito insultar
á quien lleva el nombre mio?

Ferran. ¿Yo insultaros, noble infanta,
yo faltar á mi deber,
cuando quisiera poner
hasta el cielo á vuestra planta?

Treviño. En un vasallo cual yo

¿cómo, infanta, poneis duda?
¿No fue mi espada desnuda
la que siempre os defendió?
¿En un Diego de Manrique
sospechais la traicion vil,
cuando veces mil, y mil,
peleó por don Enrique?
Si con los nobles pasé
fue por serviros mejor;
mas como el oro mi honor
puro siempre conservé.

Isabel. No hay servicio que disculpe,
conde, la infidelidad.

Treviño. Mas ya brilla la lealtad
que honor en mi pecho esculpe.
Huid sin mas detencion,
que libre sereis espero,
y os juro cual caballero
que os protejerá Aragon.

Ferran. ¿No temblais, doña Isabel,
de la opresion que os prepara
cuando jureis en el ara
ese Maestre cruel?
Objeto de su pasion,
y de su venganza objeto,
á sus caprichos sujeto
tendrá vuestro corazon;
bien sabeis que no perdona
el Maestre, y que no olvida,
y á precio de vuestra vida
comprar quiere la corona.
Para mí piedad no imploro;
sea para vos la piedad;
noble infanta, perdonad,
venid, enjugad el lloro.
En casa de los Riveros
vuestros amigos, señora,
ya estan esperando ahora
cien bizarros caballeros.
Vuestras jentes alli estan

prontas para rescataros;
¿y los que anhelan libraros,
señora, no lo podrán?
Aragon nos auxilia.

Isabel. ¿Mas cuándo Aragon infiel
no fue á Castilla cruel?

Ferran. Pero ya ha llegado el dia
que le une amistad sincera;
y ese pendon que levanta,
no le repulseis, Infanta,
porque antes infiel os fuera.

Treviño. Cuidad que solo un instante,
doña Isabel, queda ya;
cuidad que tarde será
sino partís al instante.

Ferran. Un solo asilo ya os queda,
¿y le desdeñais, señora?
Tarde será en una hora;
vuestra repugnancia ceda.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL ASTRÓLOGO *y* EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Abiabar. Haced, por Dios, seor prelado,
que venga luego Su Alteza,
porque si no la cabeza
á mal juego hemos jugado.
Y ya veo el funeral
sudario que hemos tejido;
que es el Maestre atrevido
y el Marques vuestro rival.

Isabel. Arzobispo de Toledo,
¿vos aqui?

Arzobisp. Vuestra inquietud
vengo y vuestra esclavitud
á romper si tanto puedo.
Vos siempre me habeis creido,
que nunca falaz os fuí;

salid, princesa, de aqui,
que yo tambien os lo pido.
Huid del Maestre lejos,
no os detengais mas por Dios;
por vuestro hermano, por vos,
tomad ahora mis consejos.

Isabel. ¿Con los contrarios de Enrico
no estaba quien me habla asi?

Arzobisp. Yo no sé si delinquí;
mas seguidme, os lo suplico.
Á la traicion alevosa
fuí víctima consagrada.
¿Sereis tambien inmolada?
¿Sereis de un traidor esposa?

Ferran. Ya el sol desde el alto cielo
nos muestra su faz radiante;
si se perdiera otro instante
fuera vano nuestro anhelo.

Beatriz. Bien venida la esperanza
que nos da la Providencia:
señora, esa resistencia...

Ferran. Nos perderá la tardanza;
que ya muchos caballeros,
de alma y de pecho leal,
solo esperan la señal
para blandir sus aceros.
Tienen la jente apostada,
de tropas las casas llenas,
cuando el Marques cuenta apenas
con su escudo y con su espada.

Arzobisp. Esa virtud que en vos brilla
ceda, infanta, á la razon.

Beatriz. Os lo manda el corazon
y la salud de Castilla.
¿La ocasion desperdiciamos
que por nuestro bien se ordena?

Isabel. ¿Pero el marques de Villena...?
¡La fuga! ¡Mi Beatriz! Vamos.

ESCENA VII.

EL CONDE DE TREVIÑO *y* EL ASTRÓLOGO.

Conde. Audaces hemos sido, yo os lo juro.
Abiabar. Por eso conjeturo
que si el paso se tuerce aventurado,
con vos me podré ver hoy mismo ahorcado.
Conde. Mas tú que dirijiste
tan complicada trama, ¿no supiste
dejar salvo tu cuello?
Abiabar. Entrambas de un cabello
penden en este punto nuestras vidas.
Conde. ¿Y asi, Abiabar, olvidas
tu propia bienandanza?
Abiabar. Nada olvidé, señor, de cuanto alcanza
á recordar activa la prudencia.
Contó mi diligencia
sus caballos y estoques uno á uno;
tengo aviso oportuno
de los que al Maestre siguen y á su hermano;
de todos sus proyectos sé el arcano;
lo que piensa el Maestre cada hora,
y la casa conozco adonde mora;
la calidad y número de jentes
que con pechos valientes
lidiarán por la infanta;
las que hay en la ciudad, las que levanta
el concejo en las villas
de todas las Castillas;
las que bajo los sayos hierros duros
ocultan al entrar en nuestros muros;
probable es la victoria; mas no cierta;
y si el marques á conseguirla acierta
nos podremos jactar de que en Europa
no haya entre cuantos visten mortal hopa
quien ventaja nos lleve en ser ahorcado,
ni quien logre dogal mas apretado.
Conde. Mucho, astrólogo, temo

al marques de Villena, que en estremo
es sagaz y advertido.
Pero pienso que he oido...
¡Por Dios! Mirad quién viene.
El rey con el Marques...

Abiabar. ¿Y qué os detiene?
Á su encuentro salid.
(*Sale el conde.*)
¡Mucha destreza!
Me vacila en los hombros la cabeza.
(*Se retira.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, EL REY *y* EL MARQUES DE VILLENA.

Marques. Por fin llegamos á tiempo.
Decidle, conde, á la infanta
que su alteza aqui la espera.

ESCENA IX.

EL REY *y* EL MARQUES.

Rey. Marques, eran infundadas
tus sospechas, como ves.

Marques. Tengo, señor, pruebas claras,
convincentes, que demuestran
la existencia de esa trama.
Pero si son por fortuna
todas mis sospechas vanas,
siempre logramos, señor,
por medio esta cabalgata
la dicha de que las bodas,
por el soberano honradas,
ganen en solemnidad,
en esplendor y esperanzas.
Al punto vendrá mi hermano,
y sobre las mismas aras
donde jure á la princesa

eterno amor y constancia,
su feudo os confirmará
la nobleza castellana.

Rey. ¡El feudo! ¿Sabes, don Juan,
que mi mente fatigada
apenas consiente al pecho
respirar? ¡Oh! no se calma
en mi corazon doliente
el latir de las desgracias.
¡Tan abatido me encuentro!
Paréceme que en el alma
fijó con tenaz empeño
la tristeza su morada;
no confio en mis amigos;
dudo su jesto y palabras;
perdí, marques de Villena,
hasta el bien de la esperanza.

Marques. ¿Y con tan fieles vasallos
asi se aflije el monarca?
Cuando su trono sostienen
nuestras leales espadas...

Rey. ¡Marques, marques! ¿Tú lo dices?

Marques. Dícelo, señor, la fama,
lo dicen los sacrificios
que consumé por la causa
del trono y de vuestra alteza.
¿Qué no hice yo por salvarlas?
¿Y tan preclaros servicios
no merecen confianza?
¿Ha lugar á las sospechas
cuando tantos hechos hablan?

Rey. Yo no dudo, Juan Pacheco,
que tú mereces las gracias
por tu injenio y tu valor
que te dí con mano franca.
Pero ¿no merezco en pago
tu poderosa alianza?
¿No merezco gratitud
de todos los de tu casa?
¿Qué deudo tuyo, qué amigo

no elevé á grandeza tanta
que de los otros magnates
la opulencia no igualara?

Marques. Nuevos vínculos, señor,
en el altar se preparan,
que el corazon del vasallo
al de su príncipe enlazan...
Pero no viene su alteza...
Permitid ¡ah del alcázar!
ni el conde vuelve.

Un ujier. ¡Señor!

Marques. Decid al conde que aguarda
el rey de Castilla aqui.

Rey. ¡Tengo costumbre tan larga
de esperar, y siempre en vano!

Marques. Pero toca en arrogancia,
y es harta descortesía...

Rey. Mi anhelo es ver á mi hermana.
¿Cómo estará? ¡Qué infeliz
fue su estrella! ¡Desdichada!

ESCENA X.

LOS MISMOS *y* EL MAESTRE.

Rey. Bien venido á nuestros brazos,
maestre de Calatrava.

Marques. Andais, hermano indolente,
cuando pruebas se esperaban
en vos de galantería;
que pide una justa usanza
veros hoy de vuestra esposa
codiciando las miradas...

Maestre. Acudo al punto á la cita,
y antes de vuestra llegada
tierno y rendido á la vez
vi á mi esposa esta mañana.

El ujier. Mi amo, el conde de Treviño,
señor, ausente se halla.

Marques. ¿No está el conde en el palacio?

Ved, príncipe, si era estraña
ni era falaz mi sospecha;
haced que cualquiera dama
de doña Isabel le anuncie
de nuestro rey la llegada.
(*El ujier saluda, y sale.*)

Rey. ¡Abandonarnos el conde!
Es por cierto cosa rara.

Marques. Mi corazon, don Enrique,
para el mal nunca se engaña.
¡Es el conde de Treviño
un traidor!

Rey. Villena, basta;
¿asi le injurias?

El ujier. Señor,
la serenísima infanta
doña Isabel ha salido.
Sus criados...

Marques. Sin tardanza
sus criados aqui vengan.

Rey. Mas piensas...

Marques. ¡Luego á las armas,
maestre! ¡á caballo luego!
Ocúpense las entradas
de Valladolid al punto,
y con tu jente y las guardias
del rey, sin mas dilacion
acude luego á la plaza.
(*Al rey.*) Temo que tarde sea ya.
¿Qué esperas? ¿Cumplimentada
no está el orden todavía?

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *menos* EL MAESTRE.

Rey. Tal vez piadosa, cristiana,
visita Isabel los templos...
Cuida, don Juan, que sin lágrimas,
sin sangre se arregle todo.

La crueldad me desagrada.

(*Durante los versos anteriores da el marques órdenes á varios caballeros, que salen sucesivamente.*)

Marques. Nada, señor, de violencias;
sangre muy poca reclama
la ofensa de vuestro honor;
pero ¿qué veo? ¿La infanta?

ESCENA XII.

LOS MISMOS, LA INFANTA *con su* ACOMPAÑAMIENTO, DON FERRAN, *dándole el brazo*, EL ASTRÓLOGO, EL CONDE DE TREVIÑO *y* EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

Rey. (*Abrazándola con ternura.*)
¡Isabel!

Isabel. ¡Hermano mio!

Marques. (*Viendo que permanecen abrazados mucho tiempo.*)
Recordad, señor, os ruego
que á su alteza espera luego
la ceremonia nupcial;
cumplida, mas libremente
dareis á vuestro amor vado.

Rey. ¡Yo de abrazarla privado!

Marques. Mi voz fue siempre leal;
en pró de vos, don Enrique,
y en pró de la infanta suena.

Ferran. Un instantante, el de Villena;
dejad al rey concluir;
y para hablar á la infanta,
honor de las dos Castillas,
suplicadme de rodillas
que os lo quiera permitir.

(*El marques lleva instintivamente la mano á la espada; luego la retira, inclinándose hácia el rey.*)

Marques. ¿Estais, buen paje, demente?

Ferran. Pienso que el cielo propicio
aun me conserva el juicio
y algun valor á la vez;

doña Isábel es mi esposa.

Rey. ¿Tu esposa?

Marques. ¿La infanta? ¿Cómo?
¿Y en el pecho la ira domo?
¡Qué osada desfachatez!
Presto, caballeros; ¡hola!
¡Prendedle, que yo os lo mando!

(*Van algunos caballeros hácia don Ferran.*)

Ferran. Respetad á don Fernando,
el infante de Aragon.

(*Todos se sorprenden y prosternan un poco.*)

Rey. ¡El infante! ¿Tú el infante?
Sed, príncipe, bien venido.

Marques. ¡El infante! Todo ha sido,
como sospeché, traicion.
Pero sepa vuestra alteza
que contrajo enlace nulo.

Ferran. Marques, yo te disimulo,
porque apasionado estás.

Marques. La princesa prometida
era esposa de mi hermano.

Ferran. Yo te juro por su mano
que hablas ya, marques, de mas.

Marques. Quien defiende su derecho
de hablar le tiene cumplido.

Ferran. Marques, por demas he oido
tu impertinente decir.
Asediado está el palacio,
Pacheco, por jentes mias;
ya ves que tus demasías
fuera insensatez sufrir.

(*Aparecen por las puertas hombres de armas.*)

Marques. Don Fernando, ver la muerte
nunca dobla mi entereza;
mandais vos en mi cabeza,
pero yo en mi corazon.
Heridme; mas no penseis
que me asuste un terror vano;
con la hueste de mi hermano...

Ferran. Ya le tengo yo en prision.

Marques. Y vos, señor arzobispo...
Arzobisp. No os queda alguna esperanza;
yo os debia una venganza,
Villena, y os la pagué.
Marques. Arzobispo de Toledo,
no esa venganza me humilla,
que dirijir la Castilla
con mi limpia espada sé.
El enlace de la infanta...
para bien sea del Estado;
el rito está consumado;
la guerra debe acabar;
y en nombre de la nobleza
que mi juramento abona,
yo os ofrezco la corona;
dignaos, infanta, aceptar.
(*Dobla una rodilla.*)
Isabel. Alza, marques de Villena;
á don Enrique, mi hermano,
á tu único soberano,
se debe esa sumision.
Yo le rindo mi homenaje.
(*Se inclinan la infanta y don Ferran al rey, que los abraza enternecido.*)
Rey. Isabel, hermana mia...
Son lágrimas de alegría
que salen del corazon.
¿Mas quién, infante, os guiaba?
¿Por qué asi oculto en mi corte?
¿Á quién tuvísteis por norte?
¿Quién os pudo aconsejar?
Que doncel sin esperiencia...
Ferran. Mi padre el rey lo dispuso,
y por director me puso
á su médico Abiabar.
Rey. Ven, astrólogo, á mis brazos.
¿Finaron ya las querellas?
Abiabar. Dícenlo asi las estrellas,
y habrá asi de suceder.
Y el nombre de nuestra infanta

en la noche de la historia,
astro será de la gloria,
luz del hispano poder.
Y no empañarán su brillo
los sucesos iracundos,
que otras lenguas y otros mundos
y pueblos le adorarán.
Y el valor y la grandeza
al nombrar las Isabeles,
entre frondosos laureles
en Castilla brotarán.
Que la Primera Isabel
fundará la monarquía,
y dilatará la via
que corre el fuljente sol.
Y mil naciones y mil
del recóndito occidente
doblarán la oscura frente
al claro nombre español.
Mientra Isabel la Segunda
quebrantará el cautiverio
que aflijir puede al imperio
en mas apartada edad.
Y cabe al rejio dosel,
al son de bélico canto
el númen brillará santo
de honor y de libertad.

FIN DE LA COMEDIA.